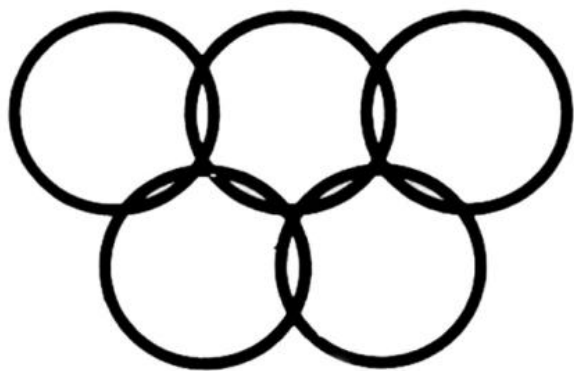


LA RAQUETA DE ORO

Joseph Berna



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

JOSEPH BERNA

LA RAQUETA DE ORO

**Colección
DOBLE JUEGO n.º 38
Publicación semanal**

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84 7518-048 5

Depósito legal: B. 35.169 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1982
2.ª edición en América: junio, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

El Boeing 727 de la Pan American, procedente de Los Ángeles, tomó tierra en el aeropuerto de Miami. El piloto logró un aterrizaje perfecto, y el avión se deslizó suavemente por la pista, hasta quedar detenido en ella.

Los empleados del aeropuerto acercaron rápidamente el túnel a la puerta principal del gigantesco aparato, y los pasajeros comenzaron a salir del avión.

Uno de los primeros en abandonar el Boeing, fue Roddy Spencer, a quien la guapa azafata que despedía a los pasajeros sonrió de una manera muy especial y deseó:

—Suerte en el torneo, Roddy.

—Gracias —respondió el joven, devolviéndole la sonrisa.

—Espero que consiga la raqueta de oro.

—Haré todo lo posible, preciosa.

—Si triunfa en el Madison Club, acuérdese de mí.

—Me acordaré, aunque quede eliminado —aseguró Spencer, y besó fugazmente los bien dibujados labios de la azafata.

Ella se puso muy contenta.

—Me llamo Anette —hizo saber.

—Hasta la vista, Anette —se despidió el joven, y echó a andar por el túnel.

La azafata lo siguió con la mirada, mientras se decía que era una chica afortunada. Había sido besada por Roddy Spencer, uno de los mejores tenistas de los Estados Unidos.

De los Estados Unidos… y del mundo.

Lo había demostrado, triunfando en varios de los torneos en los que había participado. En ellos, había tenido que enfrentarse a los más famosos tenistas del momento, logrando un balance altamente positivo, ya que las pocas derrotas que había sufrido estuvieron a punto de ser victorias, también.

Perdió, sí, pero por un margen tan escaso, que contó con posibilidades de triunfo hasta el último segundo del partido. Una pelota, sólo una, que hubiera botado dentro del terreno de juego, en lugar de hacerlo un par de centímetros fuera, le habría otorgado la victoria en cualquiera de esos partidos, terriblemente disputados y emocionantes.

También, naturalmente, había conseguido victorias apuradas debido a la gran categoría de sus adversarios. Pero, tanto en los triunfos como en las derrotas, Roddy Spencer había puesto de manifiesto que se trataba de un tenista excepcional, tan bueno como el mejor.

Lo tenía todo.

Técnica, potencia física, rapidez, agilidad, una visión del juego increíble, una muñeca portentosa…

Y lo más importante de todo: años por delante.

Sí, porque Roddy Spencer contaba únicamente veinticuatro años de edad, y aún podía mejorar su estilo, pulir los escasos defectos que pudiera tener, acumular experiencia.

Podía convertirse en el número uno.

Y por ello luchaba, no sólo en los partidos de competición sino en los amistosos e incluso en los entrenamientos. Unos entrenamientos largos y duros, que le permitían mantener una forma física envidiable, un fondo extraordinario.

Así, sabiendo que su resistencia no le iba a fallar, Roddy tenía que preocuparse exclusivamente de batir a su adversario, y para ello no dudaba en realizar continuas subidas a la red, ni en correr como loco detrás de cada pelota de esas que, aparentemente, son imposibles de restar.

Para Roddy, ninguna pelota era imposible de devolver.

El jamás daba un tanto por perdido, y sólo cuando no podía llegar a la pelota, o la restaba mal, admitía que su rival había sabido colocarle la pelota en el sitio justo para anotarse el tanto.

Como es naturalmente, el generoso derroche de energías que realizaba Roddy Spencer en cada partido entusiasmaba a los espectadores, que le aplaudían a rabiar cada vez que conseguía restar una de esas bolas difíciles de alcanzar, admirados de su coraje, de su bravura, y de su pundonor.

Roddy era un profesional como la copa de un pino, y en todos

los torneos en los que participaba lograba que el público se pusiera de su parte, aunque la competición no se celebrara en su país.

Había disputado torneos en Europa, en América del Sur, en Japón, en Sudáfrica…

El lugar no importaba.

Fuera donde fuese Roddy con sus raquetas, a los pocos minutos de partido ya tenía al público en el bolsillo. Si ganaba, recibía una tremenda ovación, y si perdía, también era ovacionado, por su lucha y su entrega absoluta durante todo el partido.

En Miami, no sería una excepción.

Roddy había disputado ya un par de torneos en aquella hermosa ciudad, y sabía que los aficionados al tenis le tenían una gran simpatía. Seguro que le animarían para que triunfara en la pista del Madison Club y consiguiese la raqueta de oro.

Era el premio que se entregaría al vencedor del torneo.

Un premio importantísimo, qué duda cabe.

El más valioso al que Roddy había aspirado jamás.

Y no sería fácil conseguirlo, ya que los más famosos tenistas del mundo habían sido invitados a participar en él.

Todos habían aceptado, claro, tentados por el importante premio.

Una raqueta de oro…

¡Casi nada!

Todos los torneos solían ser reñidos y emocionantes, pero el que había organizado el Madison Club prometía serlo más que ningún otro, tanto por la categoría de los tenistas que iban a tomar parte en él, como por el valor del premio.

Los auténticos ases de la raqueta iban a verse las caras en la pista central del Madison Club.

Gunnar Hedmark, el campeón sueco.

Zoltan Ondrus, de Checoslovaquia.

El húngaro Miklos Zambor.

Giorgi Taloni, el fenómeno italiano.

Ken Maileson, el campeón australiano, al que muchos comparaban con el legendario Rod Laver, «El Zurdo de Oro», también australiano y conquistador de los más famosos torneos.

El español Fernando Torres, digno sucesor del extraordinario Manuel Santana, de quien Fernando había aprendido mucho.

El británico Peter Fildes.

También participarían, claro, otros tenistas norteamericanos, además de Roddy Spencer.

En total, serían dieciséis los participantes.

El sorteo todavía no se había efectuado, pero, fuera cual fuese el resultado del mismo, llegar a la final del torneo seria extraordinariamente difícil para todos los participantes.

Por esa razón, no se habían nombrado cabezas de serie.

Todos los jugadores que iban a competir en la pista del Madison Club eran temibles, no podía hablarse de favoritos claros para el triunfo final, así que el emparejamiento que pudiera dar el sorteo carecía de importancia en esta ocasión.

Roddy Spencer salió del túnel y fue en busca de su equipaje.

Vestía un traje color hueso, muy fresco y ligero, y una moderna camisa de cuello abierto. Los zapatos, marrones, eran cómodos y flexibles. En la mano izquierda, doblada, llevaba una revista deportiva, que el tenista había venido leyendo desde Los Ángeles, su ciudad natal.

En dicha revista, naturalmente, se hablaba largo y tendido sobre el torneo que se iba a disputar en el Madison Club, de Miami, ofreciendo las fichas completas de los dieciséis participantes, al pie de sus fotografías.

La revista tampoco se atrevía a aventurar los nombres de los jugadores que más posibilidades tenían de conseguir la valiosísima raqueta de oro, aunque sí señalaba que Roddy Spencer se hallaba en espléndida forma, como lo demostraban los éxitos obtenidos en los últimos torneos en los que había competido.

De pronto, una joven se interpuso en el camino del tenista, le ofreció una pequeña libreta y un bolígrafo, y pidió:

—¿Me firmas un autógrafo, Roddy!

* * *

Roddy Spencer se quedó mirando a la chica.

Era rubia, de ojos azules y picaros, nariz pequeña, labios gordezuelos, recubiertos de un brillo húmedo que los hacía sumamente apetecibles.

Y no era lo único que tenía apetecible.

Roddy pudo comprobarlo a medida que su mirada descendía por el cuerpo de la muchacha, alargado y esbelto. Su busto era alto y armonioso; su cintura, delgada y flexible; sus caderas, redondas y firmes; y sus piernas, largas y bien formadas.

Un físico, en suma, perfecto de la cabeza a los pies.

La chica, además, sabía cómo vestirse para realzar la belleza natural de su cuerpo. Lucía un ajustado pantalón blanco y una camiseta color naranja, que ceñía sus atractivos senos, totalmente libres bajo la prenda.

Sí, saltaba a la vista que la chica no llevaba sujetador.

Y hacía muy bien, porque no lo necesitaba en absoluto.

Por ella, las fábricas de sostenes podían dedicarse a confeccionar gorros de lana, bufandas, o boinas.

Como el tenista no cogía la pequeña libreta ni el bolígrafo la muchacha, que no aparentaba más de veintiún o veintidós años de edad, preguntó:

—¿No quieres darme tu autógrafo, Roddy?

El jugador carraspeó.

—Oh, sí, encantado —respondió, tomando la libreta y el bolígrafo.

—Gracias —sonrió la joven, mostrando sus blancos dientes.

—¿Cómo te llamas?

—Sheila Dowell.

—¿Eres aficionada al tenis?

—Es mi deporte favorito.

—Me alegro.

—A ver si adivinas cuál es el tenista que más me gusta.

—Dame una pista.

—Es alto, tiene el pelo oscuro, los ojos castaños, las facciones agradables…

—Ken Malleson.

—¡Eso quisiera él! Mi ídolo es norteamericano, como yo.

—Entonces, debe tratarse de Tony Hobson.

Sheila Dowell movió su rubia cabeza.

—Tampoco.

—Vaya, parece que no acierto.

—Porque no quieres. Desde el primer momento supiste que me estaba refiriendo a ti.

El tenista sonrió.

—Me siento muy honrado, Sheila —dijo, devolviéndole la libreta y el bolígrafo.

—Querías jugar conmigo, ¿eh?

—Sólo retenerte unos minutos más. Eres una chica preciosa, Sheila.

—¿De veras lo crees?

—Bueno, no es necesario que lo diga yo. Tú ya debes saberlo porque te lo habrán dicho muchas veces.

—Algunas, sí. Pero para mí tiene mucho más valor que lo digas tú, Roddy.

—¿Por qué?

—Eres mi ídolo, ya te lo he dicho. Por conseguir un autógrafo tuyo hubiera dado cualquier cosa.

—Pues ya lo tienes. Y no te ha costado nada.

—Sí que me ha costado. Muchas horas de espera. No estoy aquí, en el aeropuerto, por casualidad. Te estaba esperando a ti. Vine ayer, anteayer, y he venido hoy. Has sido el último en llegar, ¿sabes?

—¿De veras?

—Sí, todos tus rivales están ya en Miami. Hobson, Fildes, Hedmark, Ondrus, Zambor, Torres, Malleson, Taloni...

—¿Conseguiste también sus autógrafos?

—Sí. Pero el tuyo es el más importante para mí, Roddy.

—Gracias, Sheila. De haber sabido que me estabas esperando, habría venido antes a Miami.

—Qué galante.

—Lo digo sinceramente.

Sheila Dowell compuso un malicioso mohín con sus tentadores labios.

—¿Sabes que también daría cualquier cosa por una fotografía tuya, con una dedicatoria de esas que causan la envidia de las chicas que no la poseen...?

—¿En serio?

—Lo que fuera, te lo aseguro.

—Eso está hecho, pues.

—¿Me darás la foto, Roddy... Y me la dedicarás...?

—Por supuesto. Y la dedicatoria será tan ardiente, que tus

amigas van a pensar que estoy enamorado de ti.

—¡Qué más quisiera yo! —exclamó la muchacha, y se echó a reír.

El tenista también rió.

—En cuanto recoja mi equipaje, tendrás la foto. No llevo ninguna encima, pero sí traigo algunas en mi maleta.

—¿No será un truco para retenerme más tiempo…?

—No, te aseguro que no —volvió a reír el jugador.

—Quiero que sepas que no necesitas emplearlos, Roddy. Si es cierto que te agrada mi compañía, estaré contigo hasta que me eches. Puedo llevarte al hotel, en mi coche.

—Pensaba tomar un taxi.

—Mi coche será tu taxi. Y yo, tu taxista.

—¿Admites propinas?

—No, las doy.

Rieron nuevamente los dos.

Después, Roddy cogió del brazo a Sheila y la llevó hacia el mostrador, sobre el que ya se veía su equipaje, compuesto por su maleta, una bolsa de deporte, y un estuche de raquetas.

El tenista lo retiró todo.

—Carga tú con la maleta, Roddy —dijo Sheila—. De la bolsa y de las raquetas me encargo yo.

—Gracias.

Cogieron las tres cosas y echaron a andar, camino de la salida del aeropuerto.

El coche de Sheila era un magnífico Ford-Cobra.

—Lo pondremos todo en el maletero —dijo la joven, abriéndolo.

—¿Eres rica, Sheila? —preguntó Roddy.

—¿Por qué lo dices?

—Tienes un coche fantástico.

—Me alegro de que te guste.

—No has respondido a mi pregunta, Sheila.

—Tengo menos dinero que tú, Roddy.

—¿Seguro?

—Hombre, tú has ganado torneos muy importantes, con unos premios que…

—Has vuelto a evadirte, chica astuta.

Como ya habían metido la maleta, la bolsa de deporte y el

estuche de raquetas en el maletero, Sheila lo cerró, riendo, y dijo:

—Entremos en el coche, preguntón.

Sheila, naturalmente, se sentó al volante y accionó la llave de contacto. El motor rugió, poderoso, y el coche arrancó, ganando rápidamente velocidad.

—¿Eres buena conductora, Sheila? —preguntó Roddy.

—Manejo tan bien el volante como tú la raqueta.

—Lo suponía.

—¿En qué hotel piensas alojarte, Roddy? —preguntó Sheila.

—Reservé habitación en el Cosmos. Está cerca del Madison Club. Por eso lo elegí.

—Vas a ganar, ¿verdad?

Roddy Spencer sonrió.

—Lo voy a intentar, desde luego. Pero no sé si…

—Tienes que ganar, Roddy. La raqueta de oro tiene que ser para ti.

—Ya me gustaría.

—No puedes fallarme. He apostado por ti, ¿sabes?

—¿De veras?

—Sí. Y he apostado fuerte. Si no ganas el torneo, me arruinas.

El tenista no pudo reprimir la carcajada.

—Déjate de bromas, Sheila. No puedo creer que tú…

—Pues créelo, porque es verdad. Me he jugado hasta las pestañas.

—¿Las postizas?

—Yo no llevo nada postizo, rico. No lo necesito.

—Es evidente que no —rió Roddy—. Sólo era una broma.

—Lo de que he apostado fuerte por ti, no lo es. Si quedas eliminado del torneo, tendré que vender el coche y comprarme una bicicleta, porque no me quedará para un vehículo de mayor categoría.

—¡Anda ya! —volvió a reír el deportista.

Sheila iba a insistir en que lo de la apuesta era cierto, pero algo llamó su atención y se interrumpió.

El tenista vio que la muchacha mantenía clavados los ojos en el espejo retrovisor, y preguntó:

—¿Sucede algo, Sheila?

—Nos viene siguiendo un coche, Roddy.

Roddy Spencer volvió inmediatamente la cabeza.

—¿Qué nos sigue un coche...? —exclamó.

—Eso creo —respondió Sheila Dowell.

—¿Cuál?

—El Cadillac azul.

El tenista se fijó en el Cadillac.

—¿Estás segura de que nos sigue, Sheila?

—Hombre, tanto como segura... —dudó la muchacha—. Lo que sí puedo decirte, es que ese coche estaba estacionado frente al aeropuerto y arrancó segundos después de que yo pusiera en marcha el mío. Desde entonces, lo llevamos detrás.

—¡Qué extraño!

—Bueno, no es tan extraño que un coche siga a otro. Si tiene algún motivo...

—¿Y qué motivo pueden tener los ocupantes de ese Cadillac para seguirnos?

—¿Cómo quieres que lo sepa? No soy adivina, Roddy.

—Quizá nos estemos preocupando sin motivo, Sheila. Puede suceder, sencillamente, que ese coche lleve la misma dirección que nosotros. Y da la sensación de que nos sigue.

—Vamos a salir de dudas.

—¿Qué haces?

—Reducir la velocidad. Si el Cadillac azul no nos sigue, nos adelantará.

El tenista sonrió.

—Eres una chica lista, Sheila.

—Todas lo somos, lo que pasa es que lo disimulamos cuando nos conviene.

—Ya.

El Ford-Cobra circulaba ahora a sólo sesenta kilómetros por hora, una velocidad ridícula para un coche de su categoría. Sin embargo, el Cadillac azul no lo adelantaba.

—¿Te das cuenta, Roddy? —habló Sheila—, El Cadillac ha reducido también su marcha, mantiene las distancias. Está claro que no quiere pasarnos.

—Tenías razón, Sheila. Y me gustaría saber por qué nos sigue.

—¿No te gustaría más perderlo de vista?

—¿Crees poder conseguirlo?

—Te dije que domino tan bien el volante como tú la raqueta, ¿no? Pues no te engañé, campeón. ¡Agárrate fuerte, que vamos a volar! —aconsejó la joven, pisando ya el acelerador.

El Ford-Cobra se disparó.

—¡Sheila! —exclamó el jugador—, ¡Te recuerdo que esto no es un Boeing!

—¡Como si lo fuera!

—¡Ay, madre, qué tortazo nos vamos a dar!

—¡Tranquilo, que por algo me llaman «El Fangio con faldas»!

—¿Qué faldas? —repuso el tenista, tocándole el ajustado pantalón blanco.

—¡Bueno, cuando las llevo? —rió la muchacha, y siguió pilotando su Ford-Cobra de forma temeraria.

El Cadillac azul también había acelerado considerablemente su marcha, claro, para no perder de vista el coche que perseguían.

—¡Nos siguen como locos, Roddy!

—¡Yo creo que nosotros estamos tan locos como ellos, Sheila!

—¡Los perderemos en la cuesta del caracol, no te preocupes!

El tenista respingó.

—¿En la cuesta del qué…?

—¡Del caracol! ¡Se llama así porque hay que dar vueltas y más vueltas para llegar a la cima!

—¿Y son muy cerradas las vueltas…?

—¡Más que una cremallera!

—¡Para aquí, que yo me bajo!

Sheila Dowell rió.

—¡Qué salida más buena, Roddy!

—¡Olvídate de la cuesta del caracol, por favor!

—¡No puedo, ya vamos hacia allí!

—¡El cielo nos proteja, pues!

—¡Me gusta la cuesta del caracol porque en ella puedo lucirme!

—¿Más todavía…?

—¡Esto no tiene mérito, Roddy! ¡Donde se ve el dominio de un buen conductor es en las curvas peligrosas! ¡O las tomas bien, o…!

—¡No es necesario que lo digas, Sheila!

—¡Mira, ésa es la cuesta del caracol!

El tenista se fijó en ella y exclamó:

—¡Terrible!

—¡Lo será para nuestros perseguidores, pero no para nosotros! ¡Si intentan subir a la misma velocidad que nosotros, los recogerán con una pala!

—¡Que no nos recojan a nosotros así, es menester!

—¡Empezamos a subir, Roddy!

—¡Y sin paracaídas!

Sheila Dowell rió una vez más.

—¡No sabía que fueras tan divertido, Roddy!

—¡Te estarás divirtiendo tú, porque lo que soy yo...!

El Ford-Cobra tomó la primera curva de forma vertiginosa, y Roddy Spencer no pudo evitar el caer sobre su bella y audaz conductora, a la cual se agarró instintivamente.

Ella, sin mirarle, porque no podía apartar los ojos de la carretera, dijo:

—No te aproveches, campeón.

—¿Cómo?

—Me has aferrado un pecho.

—¿Yo?

—Hombre, no van a ser los del Cadillac azul. No los tenemos tan cerca.

Roddy comprobó que, efectivamente, su mano derecha había aprisionado uno de los senos de la muchacha. El izquierdo, concretamente. Emitió una tos nerviosa y se apresuró a soltar el pecho femenino, diciendo:

—Disculpa, Sheila. Creí que me había agarrado a una de tus rodillas.

—¿Por el tamaño o por la dureza? —repuso maliciosamente la joven.

—¿Qué?

—Olvídalo, que viene otra curva peligrosa.

Como lo dijo cuando ya había empezado a tomarla, Roddy no tuvo tiempo de agarrarse y cayó de nuevo sobre la muchacha.

Sheila sintió otra vez la mano del tenista en su busto, ahora atenazándole el seno derecho, y dijo socarronamente:

—¿Es que no sabes agarrarte de otro sitio, campeón?

El tenista respingó.

—¿Tampoco esta vez es una de tus rodillas?

—¿A ti qué te parece?

—Que está demasiado alto, para ser la rodilla.

Roddy le soltó el pecho.

—Lo siento, Sheila. No ha sido intencionadamente, créeme. La culpa es de las curvas. Me hacen caer sobre ti, y yo, instintivamente, me agarro a lo primero que...

—Claro. Y como es lo que más sobresale, pues.

—No volverá a suceder, te lo prometo.

—Bueno, si ocurre de nuevo, no te preocupes. Todo es cuestión de acostumbrarse —repuso pícaramente la joven.

El Ford-Cobra siguió ascendiendo la cuesta del caracol a gran velocidad, gracias al extraordinario dominio del volante que poseía su conductora. El Cadillac azul se vio obligado a aminorar la marcha, pues en un par de ocasiones estuvo a punto de sufrir un grave accidente por querer tomar las curvas a gran velocidad.

Lógicamente, el Ford-Cobra fue aumentando las distancias, y cuando alcanzó la cima de la cuesta, Sheila Dowell dijo:

—¡Los hemos dejado atrás, Roddy!

—¡Sí, eso parece! —respondió el tenista, volviendo un instante la cabeza.

—¡En el descenso los perderemos definitivamente!

—¡Voy a pasar otro mal rato, seguro!

Sheila rió y se lanzó a tumba abierta por la peligrosa carretera que descendía de la cima de la cuesta del caracol, tomando las curvas de una manera que ponía los pelos de punta. Parecía que el accidente podía sobrevenir de un momento a otro, pero la serenidad y la pericia de la muchacha impidieron que el coche se saliera de la carretera y se estrellara contra las rocas.

—¡Milagro! —exclamó Roddy Spencer, cuando llegaron abajo.

—¡Soy un auténtico as del volante, reconócelo! —dijo Sheila Dowell.

—¡Lo eres, lo eres!

Sheila hizo correr su coche unos cientos de metros más, y luego, repentinamente, lo sacó de la carretera y lo metió por entre unos árboles, en donde quedó oculto.

—¿Por qué has hecho esto, Sheila...? —preguntó Roddy, extrañado.

—Esperaremos aquí a que nuestros perseguidores pasen de largo.

—¿Y si nos descubren...?

—No nos verán, no temas. Pasarán a toda pastilla, intentando recuperar el terreno perdido, y ni siquiera mirarán hacia aquí. Además, los árboles camuflan perfectamente el coche.

—Así sea.

Tan sólo unos segundos después, el Cadillac azul pasaba como un bólido de carreras. Sus ocupantes, tres hombres y una mujer, no descubrieron el Ford-Cobra de Sheila Dowell, detenido entre los árboles, por lo que el Cadillac desapareció a lo lejos como una exhalación.

—¡Los burlamos, Sheila! —exclamó Roddy, eufórico, y abrazó a la muchacha, besándola seguidamente en los labios.

Efusivo, amistoso y sensual.

Y goloso, eso sobre todo. ¡Goloso!

CAPITULO II

Sheila Dowell se dejó abrazar y besar por Roddy Spencer, pero cuando éste retiró su boca de la de ella, lo miró fijamente y dijo:

—Me estás resultando un cara, Roddy.

—¿Por qué lo dices?

—Hombre, eso de tomarme de pronto entre tus brazos y aplastarme la boca con un soberano beso, sólo porque si...

El tenista carraspeó y la soltó inmediatamente.

—Perdona, Sheila. Es que estoy muy contento por habernos librado de nuestros perseguidores.

—¿Y siempre que estás contento abrazas y besas a la chica que tienes más a mano...?

—No, te aseguro que no. Si lo he hecho contigo, es porque hemos conseguido burlar a los del Cadillac azul gracias a ti, que no sólo eres bonita y atractiva, sino valiente e inteligente.

—¿Ya no me consideras una loca? —sonrió Sheila.

—Nunca he pensado eso de ti.

—Lo pensaste en la cuesta del caracol, confiésalo.

—Dije muchas tonterías mientras subíamos y mientras bajábamos, pero no hablaba en serio.

—Te pusiste las botas, granuja. Cada vez que cogíamos una curva y caías sobre mí, te agarrabas a uno de mis pechos.

—Bueno, ya te expliqué que...

—Sí, que creías que eran mis rodillas. Pero eso me suena a excusa.

—No es una excusa. Ahora bien, si prefieres pensar que traté de aprovecharme de las circunstancias, eres muy dueña de hacerlo.

—Tampoco es para enfadarse, hombre.

—No estoy enfadado.

Sheila Dowell le puso las manos en los hombros, le acarició el rostro, y lo besó dulcemente en los labios. Después lo miró a los

ojos y rogó:

—Olvida lo que he dicho, Roddy.

—Ya está olvidado —sonrió Spencer, y ahora fue él quien besó los labios de la muchacha, cuyo rostro acarició suavemente.

Luego, ella preguntó:

—¿Qué piensa hacer, Roddy?

—¿A qué te refieres, Sheila?

—Al Cadillac azul.

—Ya no me preocupa en absoluto.

—Deberías denunciar el hecho a la policía.

—¿La policía...?

—Venían por ti, Roddy.

—¿Cómo lo sabes?

—No es difícil de deducir. Si hubieran venido por mí, me habrían atrapado antes de que entrara en el aeropuerto. Te esperaban a ti, Roddy... probablemente para secuéstrate.

El tenista respingó en el asiento.

—¿Secuestrarme, dices...?

—Eres uno de los más famosos jugadores del mundo. Y has ganado mucho dinero en los torneos. Se podría pedir por ti un fuerte rescate.

Roddy Spencer movió la cabeza negativamente.

—A Miami han llegado muchos jugadores famosos, Sheila. Y casi todos tienen más dinero que yo, porque llevan más tiempo participando en torneos importantes y consiguiendo premios. Si los del Cadillac azul tenían planeado secuestrar a un tenista famoso, para pedir rescate, hubieran elegido al sueco Hedmark, al checo Ondrus, al australiano Malleson, a Tony Hobson...

Sheila Dowell se mordió los labios.

—Es posible que no sea el rescate la razón de tu secuestro, Roddy.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, que quizá sólo traten de impedir que participes en el torneo del Madison Club.

—¿Por qué?

—Bueno, sólo veo una razón: que te consideren el presunto ganador de la raqueta de oro.

—Eso no tiene sentido, Sheila. Todos los jugadores que vamos a

participar contamos con parecidas posibilidades. Yo puedo ganar la raqueta de oro, pero también puedo quedar eliminado del torneo en el primer partido.

—Tú nunca has quedado eliminado de un torneo a las primeras de cambio, Roddy. En casi todos llegas a la final. Y, normalmente, la ganas.

El tenista sonrió.

—Está bien, imaginemos que me secuestran y me impiden participar en el torneo del Madison Club. ¿A quién beneficiarían con ello...?

Sheila Dowell vaciló.

—No lo sé.

—Ni lo sabes tú, ni lo sabe nadie, porque es imposible saber qué jugador llegará a la final del torneo y ganará la raqueta de oro, aunque yo no compita.

Sheila suspiró.

—Me has convencido. Pero conste que sigo pensando que los del Cadillac azul querían secuestrarte. Lo que no sé es el motivo, pero estoy segura de que iban por ti.

—O por ti, Sheila.

La muchacha sacudió la cabeza.

—No; por mí, no. Te querían a ti, Roddy. Y debes llevar mucho cuidado, porque es posible que vuelvan a intentarlo.

—No lo creo. Pensarán que he acudido a la policía y que cuento con protección, y no se atreverán a repetir el intento.

—Insisto en que es lo que deberías hacer, Roddy.

—No insistas, te lo ruego. Y ahora, por favor, pon el coche en marcha y mételo en la carretera. Ya debería estar en el hotel.

—¿Me culpas a mí por no estar?

—En absoluto —sonrió el jugador, y la besó.

Sheila sonrió también y puso el motor en funcionamiento.

El Ford-Cobra arrancó, alcanzó la carretera, y ganó velocidad, aunque no tanta como cuando era perseguido por el Cadillac azul y sus misteriosos ocupantes.

* * *

Minutos más tarde, Sheila Dowell detenía su coche frente al

hotel Cosmos.

—Hemos llegado, campeón.

—Y sin habernos tropezado con el Cadillac azul —dijo Roddy Spencer.

—Por fortuna.

—Menos mal que no tomé un taxi.

—Eso que te has ahorrado.

—¿No piensas cobrarme nada, por haber hecho de taxista?

—Me conformo con la foto y su correspondiente dedicatoria.

—Vamos por ella.

Salieron del coche y Sheila abrió el maletero.

Roddy cogió su maleta, la abrió, y sacó la fotografía, en la que escribió algo y luego estampó su firma.

—A ver si te gusta lo que he puesto, Sheila.

La joven tomó la foto y leyó la dedicatoria.

—¡Es fuego puro, Roddy! —exclamó.

—¿Te parece demasiado ardiente?

—No, está muy bien. Mis amigas se van a morir de envidia.

El tenista la cogió por los hombros, suavemente.

—¿Cuándo volveremos a vernos, Sheila?

—Cuando tú quieras.

—Después de almorzar, descansaré un rato y luego acudiré al Madison Club, para entrenarme. ¿Por qué no vienes allí?

—Encantada.

—Daremos un paseo, luego del entrenamiento, y cenaremos juntos.

—¡Magnífico!

—Mientras cenamos, comentaremos los resultados del sorteo. Se celebra esta tarde, así que ya sabré quién será mi primer rival en el torneo.

—Te toque el que te toque, ya puede considerarse eliminado.

El tenista rió.

—Procuraré no defraudarte.

—Sé que no me defraudarás. Eres el mejor, Roddy.

—¿Puedo darte un beso de despedida, Sheila?

—Lo estoy deseando, campeón.

El tenista la besó.

Poco después, Sheila Dowell se alejaba en su Ford-Cobra y

Roddy Spencer penetraba en el hotel Cosmos.

* * *

Tal y como le dijera a Sheila Dowell, Roddy Spencer se acostó tras el almuerzo y descansó un par de horas, porque la siesta era indispensable para él.

Alrededor de las cuatro, abandonó el hotel, tomó un taxi, y se dirigió al Madison Club, llevando su bolsa de deporte y sus raquetas.

El tenista, pese a lo que le dijera a Sheila, no estaba muy seguro de que los del Cadillac azul no intentaran de nuevo secuestrarle. Suponiendo, claro, que fueran ésas realmente sus intenciones, lo cual aún estaba por demostrar.

Durante el recorrido, volvió varias veces la cabeza, para ver si les seguía algún Cadillac azul, pero no descubrió ninguno.

Más tranquilo, el tenista penetró en el Madison Club, se presentó a sus dirigentes, conversó con ellos brevemente, y luego se trasladó a los vestuarios, en donde se cambió, y ya con su atuendo de jugador, Roddy se encaminó hacia las pistas, para entrenarse.

Sheila no le había engañado, todos los demás participantes se encontraban ya en Miami, y la mayoría de ellos estaban en el Madison, entrenándose.

Roddy los saludó a todos, pues, aunque rivales en la pista durante la celebración de los torneos, fuera de ésta eran compañeros y buenos amigos.

Roddy se llevaba magníficamente con todos, pero, especialmente, con el italiano Taloni y el español Torres. Estos eran dos tipos alegres, simpáticos, cordiales, y Roddy les tenía mucho afecto, que era recíproco, porque al italiano y al español también les gustaba el carácter del norteamericano, alegre y cordial.

Lo que no le gustaba a ninguno de los tres era tener que enfrentarse entre sí, pero no tenían más remedio que hacerlo cuando el sorteo los emparejaba en algún torneo. Y, como buenos profesionales, cada cual se esforzaba al máximo por conseguir la victoria, aunque ello supiese la derrota de alguien a quien se apreciaba de verdad.

Con Fernando, precisamente, empezó a entrenarse Roddy.

De vez en cuando, el tenista de Los Ángeles volvía la cabeza, para ver si llegaba Sheila Dowell, pero la tarde iba avanzando y la muchacha no aparecía.

* * *

Roddy Spencer estaba preocupado, porque había terminado ya su entrenamiento y Sheila Dowell no se había dejado ver por las pistas del Madison Club.

¿Le estaría esperando fuera, quizá...?

No parecía probable, teniendo en cuenta lo mucho que a Sheila le gustaba el tenis. Si hubiera acudido al Madison Club, habría entrado a presenciar los entrenamientos de los mejores jugadores del mundo. No se hubiera resignado a quedarse fuera, aburriéndose como una ostra.

De cualquier manera, Roddy estaba deseando abandonar el Madison Club, para ver si encontraba a la muchacha. Camino de los vestuarios, el español Fernando Torres observó:

—Te noto un poco raro, Roddy, pareces distraído, ausente, pensativo...

—Yo también lo he notado —dijo el italiano Giorgio Taloni, que caminaba con ellos—. ¿Te preocupa algo, Roddy?

—No, nada —respondió el norteamericano—. Si acaso, el torneo que va a dar comienzo mañana, por la categoría de todos los rivales y la importancia del premio —añadió, para justificar su actitud.

—El sorteo se celebrará ahora —informó Torres.

—Lo sé.

—Como me toque enfrentarme contigo, pobre de mí —dijo Taloni.

Spencer sonrió ligeramente.

—O de mí, Giorgio.

—No, tú estás en plena forma, Roddy —señaló el italiano.

—Como vosotros, ni más ni menos.

—La última vez que nos enfrentamos, en el torneo de Las Vegas, me derrotaste, recuérdalo.

—Sí, pero tuve que sudar tinta, para poder doblegarte.

Giorgio Taloni rió.

—Te di mucha guerra, es verdad.

—Fernando también me la dio, en nuestra última confrontación, en Chicago.

—Eran las semifinales, y por tu culpa no llegué a disputar la final al sueco Hedmark. La disputaste tú y la ganaste, como casi todas las finales que disputas, últimamente.

Spencer rió.

—No exageres, Fernando.

—Es la verdad, y tú lo sabes. Si el sorteo dice que tengo que enfrentarme a ti, estoy listo.

—Lo dices para que me confíe, maldito zorro. Lo mismo que Giorgio. Pero no os dará resultado, porque sé lo buenos que sois y no os daré respiro, si el sorteo decide que tengo que vérmelas con uno de vosotros.

Rieron los tres alegremente.

Como ya habían alcanzado los vestuarios, se desnudaron y se metieron bajo las duchas.

* * *

A las siete en punto, tal y como habían anunciado los dirigentes del Madison Club, se celebró el sorteo en presencia de los dieciséis ases de la raqueta que iban a competir en el torneo.

Por fortuna, Roddy Spencer no tendría que enfrentarse a Giorgio Taloni ni a Fernando Torres, ni éstos entre sí, en la primera eliminatoria, ya que el sorteo había deparado que el tenista de Los Ángeles jugara contra el checoslovaco Zoltan Ondrus, el italiano Taloni contra el inglés Peter Fildes, y el español Torres contra el húngaro Miklos Zambor.

Los tres se sintieron satisfechos, aunque Giorgio y Fernando un poco menos que Roddy, pues, si ambos conseguían vencer a sus rivales, tendrían que enfrentarse entre sí en los cuartos de final, y sólo uno de ellos podría llegar a las semifinales.

Roddy, en cambio, podía llegar hasta la final sin necesidad de vérselas con Giorgio ni con Fernando, de acuerdo con el resultado del sorteo, y eso le hacía feliz.

En el amplio salón donde se había celebrado el sorteo, estaba la raqueta de oro. Descansaba sobre unos soportes forrados de terciopelo azul, reluciente, destellante, tentadora.

Era de tamaño natural, y pesaba doce kilos y ochocientos cincuenta gramos, exactamente.

Casi trece kilos de oro puro.

Alrededor de doscientos mil dólares.

Toda una fortuna.

Los organizadores del torneo permitieron que los tenistas cogiesen la valiosa raqueta, que se fotografiasen con ella en las manos. Habían acudido un buen número de periodistas deportivos y de reporteros gráficos al acto del sorteo, y éstos no perdieron la oportunidad de fotografiar a los tenistas pasándose la raqueta de oro.

También se hallaban presentes representantes de las distintas cadenas de Televisión, con sus cámaras portátiles, y lo estaban filmando todo.

Por su gusto, Roddy hubiera permanecido más tiempo allí, junto a sus compañeros, pero seguía preocupado por la no aparición de Sheila Dowell, así que se retiró disimuladamente y abandonó el Madison.

Al salir se llevó una gran alegría.

¡El Ford-Cobra de Sheila estaba aparcado cerca del Madison Club!

Roddy corrió hacia allí, pero cuando alcanzó el coche, se llevó una desagradable sorpresa.

No era Sheila la que estaba sentada al volante, sino una chica morena, de ojos ardientes, labios muy rojos, busto sensacional, y piernas formidables.

El tenista la reconoció al instante.

¡Era la mujer que iba en el Cadillac azul, con los tres hombres!

* * *

La exuberante morena, que aparentaba unos veinticinco años de edad, sonrió sensualmente y saludó:

—Hola, Roddy.

—¿Quién eres tú? —preguntó Spencer muy serio.

—Puedes llamarme Amanda.

—¿Dónde está Sheila?

—Sube al coche, y te llevaré con ella.

El jugador titubeó.

—¿Qué te ocurre, Roddy? ¿Tienes miedo...? —dijo la morena, cuya sonrisa se tomó burlona.

—No —respondió el tenista, y se introdujo en el Ford-Cobra.

La explosiva morena lo puso inmediatamente en marcha, alejándolo del Madison Club.

Roddy le echó una mirada a las piernas, totalmente exhibidas, gracias a la descarada abertura frontal del vestido que luda la tal Amanda.

Eran toda una tentación, lo mismo que sus pechos, grandes y redondos, levantados, macizos. El escote del vestido, muy exagerado, le permitía mostrarlos en gran parte.

La chica se dio cuenta de que el jugador le observaba el busto y las piernas, y preguntó:

—¿Te gusto, Roddy?

—Sí, no estás mal.

—Tú tampoco.

—Gracias.

—¿Estás preocupado por Sheila?

—Un poco.

—Ella está perfectamente, Roddy.

—¿La habéis secuestrado?

—Sí, no hemos tenido más remedio que hacerlo.

—¿Por qué?

—Charles quiere hablar contigo, Roddy.

—¿Charles?

—Es el jefe. Intentamos ponernos en contacto contigo esta mañana, pero no nos fue posible. Sheila es una extraordinaria conductora, y no pudimos daros alcance. Es más, casi nos matamos en la cuesta del caracol.

—¿Qué es lo que quiere el tal Charles?

—Hablar contigo sobre la raqueta de oro.

—No entiendo.

—Él te lo explicará, cuando lleguemos.

—¿Por qué no me lo explicas tú, Amanda?

—Prefiero que lo haga Charles.

—¿Soltaréis a Sheila, después de mi conversación con Charles?

—Depende. Si Charles cree que puede confiar en ti, que no

matarás de jugársela, dejará en libertad a la chica. Si no... la retendrá hasta que le entregues la raqueta de oro.

El tenista respingó.

—¿Que le entregue la...?

—Sí.

—¿Cómo sabe que voy a ganarla?

—Piensa que eres quien más posibilidades tiene de conseguirla.

—Puedo quedar eliminado.

—En ese caso, tendrás que robarla.

El jugador respingó de nuevo, con más fuerza que antes.

—¿Que tendré que hacer qué...?

—Robarla para nosotros —repitió la hermosa morena, sonriendo.

* * *

La sorpresa dejó a Roddy Spencer sin habla.

Robar la raqueta de oro...

¡Tenía que robarla para Charles y su pandilla si no la ganaba!

Era imposible... ¡Una locura!

La valiosa raqueta de oro estaba perfectamente custodiada día y noche, nadie podía acercarse a ella sin ser visto.

La morena Amanda no quiso interrumpir los pensamientos del jugador de tenis, limitándose a sonreír, mientras conducía el Ford-Cobra de Sheila Dowell.

Se estaban alejando de la ciudad.

Amanda había tomado un camino solitario, en no muy buen estado.

—¿Cómo espera Charles que robe la raqueta de oro, si no gano el torneo? —preguntó el jugador.

—No pienso decirte nada más —gruñó Amanda.

—Por favor —insistió Roddy.

—No, ya he hablado demasiado.

Amanda sintió la mano del tenista sobre sus muslos desnudos y al instante sonrió.

Roddy recorrió con su mano los tentadores muslos femeninos, tibios y suaves, llegando a rozar con las puntas de sus dedos el rojo pantaloncito que protegía la intimidad de la morena.

Amanda tuvo un claro estremecimiento.

—Estás subiendo mucho, pícaro —dijo, con maliciosa sonrisa.

Roddy sonrió también.

—¿Por qué no me cuentas lo que quiero saber?

—No hay tiempo, cariño. Estamos llegando a la cabaña.

* * *

Roddy Spencer miró al frente y vio, en efecto, una cabaña. Frente a ella, detenido, estaba el Cadillac azul.

Fuera del coche se veían dos hombres, altos, fuertes, corpulentos..., tenían aspecto de matones.

Y lo eran.

Amanda dijo:

—Será mejor que retires tu mano de mis piernas, Roddy. Charles es terriblemente celoso.

El tenista apartó inmediatamente su mano de los muslos de la morena.

Segundos después, Amanda detenía el Ford-Cobra de Sheila Dowell delante del Cadillac azul.

—Sal, Roddy —indicó.

El jugador descendió del Ford-Cobra, siendo imitado por Amanda.

La morena dijo:

—Te presento a Oscar y Monty, Roddy.

—Es un placer —dijo Spencer, con ironía.

Amanda rió y añadió:

—Oscar es el chato, y Monty, el de las orejas despegadas.

—Apuesto a que son un par de angelitos.

—Sí, sólo les faltan las alas.

Justo en aquel momento, se abría la puerta de la cabaña y el tercer hombre, Charles, se dejaba ver.

Era un sujeto alto, delgado, pero de aspecto vigoroso. Vestía mejor que Oscar y Monty, y frisaba los cuarenta años de edad.

—Aquí tienes al famoso Roddy Spencer, Charles —dijo Amanda.

El jefe de la pandilla sonrió ampliamente, para mostrar sus dos dientes de oro, y se acercó al tenista.

—Es para mí un honor, Roddy —dijo, tendiéndole la diestra.

El jugador no se la estrechó.

—Déjese de honores y vayamos al grano, Charles. ¿Dónde está Sheila?

—En la cabaña —dijo Charles y bajó la mano, sin denotar enfado alguno.

—Quiero verla.

—Está bien. ¿No te lo ha dicho Amanda?

—Sí, pero deseo comprobarlo con mis propios ojos.

—Adelante.

Roddy Spencer dio unos pasos y entró en la cabaña, seguido de Charles, Amanda, Oscar y Monty.

—¡Roddy! —exclamó Sheila Dowell.

Estaba sentada y atada en una silla.

—Sheila... —pronunció emocionadamente el jugador.

Los ojos de la muchacha se humedecieron.

—Dios mío, Roddy...

El tenista se acercó a ella y le cogió suavemente el rostro.

—¿Te han hecho algún daño, Sheila?

—No, pero estoy muy asustada.

—Tranquilízate, todo irá bien.

—Cuando sepas lo que quieren...

—La raqueta de oro, ya estoy enterado.

—Pretenden que la robes, si no la ganas.

—Lo sé.

—No puedes hacer una cosa así, Roddy.

—No tendrá necesidad de robarla, Sheila —intervino Charles—, Estoy seguro de que Roddy ganará el torneo, porque es el mejor tenista del momento, el que está en mejor forma.

El jugador se volvió hacia él.

—Supongamos que quedó eliminado. ¿Cómo puedo robar la raqueta de oro, con lo bien custodiada que está?

—Es muy sencillo, Roddy. Sólo tendrás que cambiársela al ganador del torneo por esta otra —explicó, retirando el trozo de manta que cubría la pequeña mesa que tenía junto a él.

Roddy Spencer dilató los ojos y también Sheila Dowell agrandó los suyos.

¡Sobre la mesa había una raqueta aparentemente de oro, idéntica a la que se llevaría el vencedor del torneo que se iba a

disputar en el Madison Club!

Era una copia tan exacta que si la pusieran junto a la verdadera, sería imposible distinguir cuál era la auténtica y cuál la falsa.

Charles cogió la raqueta falsa y dijo:

—Pesa lo mismo que la auténtica. Doce kilos y ochocientos cincuenta gramos. Y no se diferencia en nada de la verdadera, como puedes ver. Exteriormente, al menos. La diferencia está dentro, ya que esta raqueta no es de oro macizo, sino de bronce. Sólo tiene una ligera capa de oro, que oculta su verdadera naturaleza.

Roddy Spencer y Sheila Dowell continuaban perplejos.

Charles prosiguió:

—Si como yo espero, ganas tú el torneo, Roddy, me entregarás la raqueta de oro y yo te daré ésta, para que nadie sepa que te has visto obligado a desprenderte de la auténtica raqueta de oro. Podrás seguir exhibiéndola, y nadie sospecharé que se trata de una raqueta de bronce con un ligero baño de oro. Y si no ganas tú el torneo, te encargarás de darle el cambiazo al vencedor. Sé que te llevas bien con todos tus compañeros, Roddy, y no te será difícil cambiarle la raqueta al ganador de la competición. Lo más probable es que el jugador en cuestión no descubra jamás que la raqueta que posee no es de oro macizo, sino de bronce. Pero, si algún día se da cuenta, denunciará a los dirigentes del Madison Club, por estafadores. Ni siquiera se le ocurrirá pensar que alguien pudo cambiarle la auténtica raqueta de oro por otra de bronce con una ligera capa de oro, para disimular su verdadera materia. Tú no tendrás ningún problema, Roddy. El ganador del torneo no sospechará en ningún caso de ti.

El tenista, tras algunos segundos más de silencio, preguntó:

—¿Qué pasará si me niego a entregarle la raqueta de oro, caso de que la gane, o a cambiársela al vencedor si quedo eliminado?

Charles movió la cabeza al tiempo que chascaba la lengua.

—No puedes negarte, Roddy.

—¿Por qué?

—Te costaría la vida, muchacho. Y a la chica también —advirtió Charles, con la mayor naturalidad.

CAPITULO III

Sheila Dowell sintió un profundo escalofrío.

Estaba segura de que Charles no amenazaba en broma, que estaba dispuesto a eliminarlos a los dos si Roddy Spencer no hacía lo que él le había ordenado.

El tenista tampoco lo dudaba, así que respondió:

—De acuerdo, Charles. Tendrá la raqueta de oro, tanto si gano el torneo del Madison Club, como si quedo eliminado.

Charles sonrió con amplitud, lo que le permitió exhibir de nuevo su par de dientes de oro.

—Magnífico, Roddy.

—Es un joven muy sensato —opinó la morena Amanda, sonriendo también.

Oscar y Monty se mostraban igualmente satisfechos por la decisión del jugador de tenis, quien, hasta el momento, no les había creado problema alguno.

Pero ya se los crearía, ya, en cuanto tuviera oportunidad, porque Roddy Spencer no estaba dispuesto a entregarles la valiosa raqueta de oro si ganaba el torneo, y mucho menos a robarla para ellos. Si había dado su conformidad era porque le interesaba rescatar a Sheila Dowell de las garras de aquel cuarteto de indeseables.

No podría hacer nada mientras tuviesen a la muchacha en su poder.

El jugador pidió:

—Ordene a sus hombres que suelten a Sheila, Charles.

—¿Para qué?

—Me he comprometido a entregarle la raqueta de oro, ¿no?

—Así es.

—Entonces ya no tiene sentido que retenga a Sheila. Regresará conmigo a la ciudad. Charles pareció meditar el asunto.

Después dijo:

—La chica es la garantía de que harás lo que te he pedido, Roddy.

—¿No le basta con mi palabra?

—Podría ser suficiente, sí. Aunque también podría no serlo. Y, ante la duda, estimo conveniente retener a Sheila hasta que me traigas la raqueta de oro.

La decisión del elegante Charles aterró a Sheila Dowell.

—Roddy... —pronunció, con un hilo de voz.

El jugador le acarició el rubio cabello.

—No temas, Sheila. No me iré de aquí sin ti.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Charles.

—Si no deja en libertad a Sheila, no hay trato —hizo saber Roddy.

—La muchacha estará perfectamente.

El tenista sacudió la cabeza.

—El torneo durará cinco días. Es demasiado.

—Te repito que cuidaremos de la chica, Roddy. Amanda se ocupará de ello. También es mujer, y cualquier cosa que necesite Sheila...

Spencer movió la cabeza de nuevo.

—No, Charles, no puedo permitir que tengan secuestrada a Sheila tanto tiempo. Ella sufriría mucho, y yo también, lo cual me impediría concentrarme en el juego y me eliminarían del torneo a las primeras de cambio. Tengo que saber que ella está libre, para poder rendir en la pista con normalidad.

Charles volvió a meditar el asunto.

—Temo que intentes jugárnosla, ¿sabes?

—No lo haré, descuide. Le he dado mi palabra, Charles.

—Sí, pero no sé si eso bastaré.

—Jamás he faltado a ella. Además, no tiene elección. O deja que me lleve a Sheila, o se queda sin raqueta de oro. Puede matamos, ya lo sé. Pero se quedaría igualmente sin raqueta de oro.

Los ojos de Charles despidieron un peligroso centelleo.

—No me gusta que me pongan condiciones, Roddy —dijo, con los dientes apretados.

—Usted me ha obligado a ello, Charles, al negarse a soltarla.

—La chica va a seguir atada.

—Entonces, no hay trato.

—Ya veremos. ¡Sujetadlo, muchachos! —ordenó Charles.

Oscar y Monty se abalanzaron sobre el jugador, agarrándolo de los brazos, con fuerza.

Roddy, que no había hecho nada por evitarlo, preguntó:

—¿Qué se propone, Charles? ¿Hacerme cambiar de idea a golpes?

—No, no me interesa mermar tus condiciones físicas, porque quiero que ganes el torneo y consigas la raqueta de oro para mí.

—¿Qué me va a hacer, entonces?

—A ti, nada. Es la chica la que lo va a pasar mal —respondió Charles, mirando fríamente a Sheila.

Ella tembló sobre la silla a la que permanecía atada.

—Roddy... —gimió.

El tenista endureció los músculos faciales y advirtió:

—No se atreva a tocarla, Charles.

—Voy a hacer algo más que tocarla, Roddy. La voy a lastimar seriamente, a menos que accedas a cumplir mis órdenes.

—Si le hace algún daño, se arrepentirá, se lo juro.

—No estás en condiciones de amenazar, Roddy. Mis hombres te tienen sujeto, y si les hago una leve inclinación, te partirán ambos brazos, así que más te valdrá estar callado. ¿De acuerdo?

El jugador no respondió.

Charles, que había vuelto a dejar la falsa raqueta de oro sobre la pequeña mesa, se aproximó a Sheila Dowell, se colocó detrás de ella, y la cogió por los hombros.

Lo hizo suavemente, pero muy pronto sus manos comenzaron a apretar.

Sheila compuso un gesto de dolor.

—No, por favor... —suplicó.

—De Roddy depende, preciosa. Pídele a él que sea razonable, y si lo convences dejaré de apretarte los hombros.

La muchacha miró al jugador, pero no pronunció palabra alguna.

Charles acentuó la presión que sus manos ejercían sobre los hombros femeninos.

Sheila emitió un gemido de dolor.

Roddy sintió que la sangre le quemaba en las venas.

—¡Suéltela, Charles!

—Cuando claudiques, muchacho.

La morena Amanda intervino:

—Roddy, por favor, haz lo que te dice Charles. Evítale sufrimientos a Sheila.

—¡Malditos seáis todos! —rugió el tenista, intentando librarse de Oscar y Monty, pero éstos le tenían bien cogido y no le soltaron.

Roddy, dominado por la ira, le dio un tremendo pisotón a Oscar.

El chato lanzó un alarido, se agarró el pie izquierdo, y empezó a saltar a la pata coja.

Tan pronto como tuvo libre su brazo derecho, el jugador le atizó un puñetazo en la cara a Monty y lo tiró al suelo.

—¡Maldición! —ladró Charles, soltando los hombros de Sheila, para poder defenderse del inminente ataque del tenista.

Roddy, en efecto, se arrojó sobre él como una fiera.

Charles no pudo evitar que el puño diestro del jugador percutiese en su pómulo zurdo, y también él cayó al suelo.

—¡Atrapadlo, estúpidos! —relinchó.

Oscar dejó de saltar y se lanzó sobre el tenista, pero éste se revolvió con rapidez y le obsequió con un zurdazo al mentón. El chato se derrumbó, muy a su pesar.

Monty ya se había puesto en pie, y atacó también al jugador.

—¡Cuidado, Roddy! —gritó Sheila.

Spencer burló hábilmente la embestida del matón, le puso la zancadilla, y lo hizo caer aparatosamente.

Charles se había incorporado ya, pero, en vez de lanzarse sobre el tenista, se llevó la mano a la axila y extrajo una pistola automática, con la que apuntó al jugador.

—¡Quieto, Roddy!

Spencer, que ya iba hacia él, se detuvo en seco al verse encañonado.

Oscar y Monty ya se estaban levantando.

Charles los fulminó a los dos con la mirada.

—¡Sujetadlo, imbéciles! ¡Y como se os vuelva a escapar, podéis consideraros despedidos! —advirtió.

Los dos matones atraparon de nuevo al jugador.

Charles entregó su arma a la morena Amanda, indicando:

—Apunta al pecho del tenista, y si ves que intenta librarse de Oscar y Monty, no dudes en apretar el gatillo.

—De acuerdo.

Charles se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, extrajo un cigarro, se lo puso en la boca, le prendió fuego con su magnífico encendedor de gas, y dijo:

—¿Sabes lo que voy a hacer, Roddy?

—No.

—Te lo diré. Le voy a arrancar la camiseta a la chica y le voy a quemar los pechos con la brasa de este cigarro. Veremos si eso te hace cambiar de idea o no.

Sheila Dowell se sintió desfallecer de pánico.

—¡No...! —chilló, cuando vio que Charles se apresaba a cumplir su amenaza, pero antes de que esto sucediera, Roddy gritó:

—¡Usted gana, Charles!

Charles sonrió con satisfacción.

—Sabía que esto te doblegaría, cabezota.

Roddy Spencer apretó los maxilares con fuerza.

—Es usted un canalla, Charles.

Este le apuntó con el dedo.

—Sujeta la lengua. Aún tengo el cigarro en la mano, y si me insultas de nuevo, es posible que se lo aplique a Sheila en el cuello.

La amenaza hizo que el tenista se callara.

Charles recuperó su pistola e indicó:

—Sacadlo fuera, muchachos.

Oscar y Monty empujaron al jugador hacia la puerta.

—¡Roddy! —exclamó Sheila Dowell.

—¡Lo siento, Sheila, pero tengo que dejarte en sus manos! ¡No te ocurrirá nada, no temas! ¡Ganaré el torneo, conseguiré la raqueta de oro, y se la entregaré a Charles a cambio de tu libertad!

Roddy ya no podía ver a la muchacha, porque Oscar y Monty lo habían sacado de la cabaña, pero sí oyó sus amargos sollozos, y sintió que el corazón se le encogía.

Charles y Amanda también habían salido de la cabaña.

El jefe de la pandilla indicó:

—Llévalo a la ciudad, Amanda.

—Bien.

La morena se introdujo en el Ford-Cobra.

Oscar y Monty metieron también al jugador de tenis en el coche.

Antes de que Amanda lo pusiera en marcha, Charles advirtió:

—Para que no te tiente la idea de avisar a la policía, Roddy, te diré que no vamos a seguir en esta cabaña. Llevaremos a Sheila a otro lugar, y si la policía interviene en el asunto, no volverás a verla viva. No lo olvides, muchacho.

Roddy sintió deseos de llamarle rata asquerosa y luego escupirle en la cara, pero se contuvo, por temor a que Sheila sufriera las consecuencias.

Charles sonrió e indicó:

—Adelante, Amanda.

La morena accionó el contacto y el Ford-Cobra de Sheila Dowell arrancó, alejándose de la solitaria cabaña.

* * *

Roddy Spencer llevaba varios minutos sin pronunciar palabra.

La morena Amanda se decidió por fin a romper el silencio:

—No debes preocuparte por Sheila, Roddy. No le pasará nada.

—¿Cómo puedo estar seguro?

—Yo cuidaré de ella, te lo prometo.

—Charles es un miserable.

—No es un santo, desde luego. Pero tampoco es tan malo como tú piensas.

—Estaba dispuesto a quemarle los pechos a Sheila con la brasa del puro.

—Fue para convencerte, Roddy, pero Charles jamás haría una cosa así, te lo digo yo que lo conozco bien.

—Sigo pensando que Charles es una rata cobarde. Y Oscar y Monty son otro par de ratas. En cuanto a ti…

—Por favor, no me llames rata a mí, Roddy. Me dolería mucho.

—Tú tampoco eres buena, Amanda.

—Pero disto mucho de ser un demonio.

—Cuando Charles te entregó su pistola…

—No hubiera disparado sobre ti, puedes estar seguro.

—No sé.

Amanda detuvo el Ford-Cobra y miró fijamente al tenista.

—¿Tengo cara de asesina, Roddy?

—No sabría decirlo.

—Jamás he matado a nadie, te lo juro.

—¿Y Charles y sus matones...?

—No lo sé. No llevo mucho tiempo con ellos. Pero yo diría que no. Al menos, por lo que respecta a Charles. Es un tipo duro, pero no es un asesino.

—¿Por qué estás con él?

—Por dinero, únicamente. Se encaprichó de mí, y como paga muy bien, no dudé en convertirme en su amante.

—Eso no está penado por la ley, pero el secuestro y el robo...

—No puedo negarme a colaborar en los asuntos que prepara Charles, compréndelo.

—¿Por qué no?

—Estoy al corriente de sus actividades, y si me negara a participar en ellas, podría tener problemas.

Amanda le puso la mano en el hombro.

—Todo saldrá bien, Roddy. Ganarás el torneo del Madison Club y conseguirás la raqueta de oro. No tendrás necesidad de robarla.

—Pero tendré que entregársela a Charles, para que suelte a Sheila.

—Comprendo que te duela desprenderte de ella, porque está valorada en doscientos mil dólares. Pero conseguirás otros premios importantes, Roddy. Eres un jugador extraordinario.

Spencer sonrió levemente, pero no dijo nada. La mano de la morena abandonó su hombro y le acarició la mejilla izquierda.

—¿Sabes qué me gustaría hacer, Roddy?

—No.

—El amor contigo.

—Lo siento, pero mañana tengo que disputar mi primer partido del torneo y no puedo quemar mis energías contigo.

—¿Contra quién te ha correspondido jugar?

—Zoltan Ondrus.

—El checo es pan comido para ti.

—Ondrus no es pan comido para nadie. Es un gran jugador, como todos los que van a disputar el torneo.

—Sólo necesitarás dos sets para eliminarlo, estoy segura.

—Quizá haga falta disputar el tercer set. Y hasta es posible que el partido se decida por la «muerte rápida».

Amanda rió.

—¿Qué te apuestas a que no?

—Bueno, ojalá se cumpla tu pronóstico.

—Si eliminas al checo, ¿cuál será tu siguiente rival?

—El vencedor del partido que tienen que disputar Tony Hobson y el argentino Rubén Valdez.

—Son dos huevos bebidos para ti.

El tenista no pudo contener la risa.

—Amanda, te repito que... —empezó a decir, pero no pudo acabar la frase, porque la morena había pegado su boca a la de él.

Roddy estuvo a punto de rechazarla, pero se lo pensó mejor y aceptó el beso.

Un beso largo, fogoso, excitante.

El jugador, de una manera instintiva, deslizó su mano hacia las esculturales piernas de Amanda y se las acarició, lo cual complació enormemente a la morena.

Cuando separaron sus bocas, Amanda lo miró a los ojos y preguntó:

—¿De verdad no podemos hacer el amor, cariño?

—No, es imposible.

—¿Lo haríamos si no tuvieras que disputar un partido mañana?

—Creo que sí.

—Bueno, me conformo con saber que me deseas, Roddy —sonrió la morena, y unió nuevamente su boca a la de él.

CAPITULO IV

El torneo del Madison Club, tal y eximo Roddy Spencer señalara, iba a durar exactamente cinco días. Cinco jornadas de emoción, de nervios, de incertidumbre, porque no se veía claro de antemano el desenlace de ninguno de los partidos.

Cinco jornadas, también, de buen tenis.

Del mejor que podía verse en una pista, pues no en vano los organizadores del torneo habían conseguido reunir en el Madison Club de Miami a los auténticos ases de la raqueta.

Los graderíos, huelga decirlo, se hallaban totalmente abarrotados de público. Desde hacía varios días, no quedaba una sola entrada en las taquillas, a pesar del elevado precio de las mismas. Se habían agotado con increíble rapidez.

El éxito económico, pues, era ya un hecho. Y el éxito deportivo también estaba garantizado.

En esta primera jornada y en la segunda se iban a disputar los octavos de final. Cuatro partidos cada día, dos por la mañana y los otros dos por la tarde. En la tercera jornada se disputarían los cuartos de final. Al día siguiente las semifinales, una por la mañana y la otra por la tarde. Y en la quinta última jornada, por la tarde, la gran final.

Los dos mejores jugadores del torneo, los más regulares, los más serenos, se disputarían la valiosa raqueta de oro.

Sucedía así en todos los torneos.

Lo único que diferenciaba al torneo organizado por el Madison Club de los demás era el hecho de que en él no hubiese favoritos, y por eso no se habían nombrado cabezas de serie.

Todos podían llegar a la final..., o quedar eliminados en la primera ronda. Y quedar eliminados a las primeras de cambio no supondría, en esta ocasión, vergüenza ninguna, dada la probada categoría de todos los participantes.

Seria, solamente, una desilusión.

El primero en despedirse de la preciosa raqueta de oro fue el húngaro Miklos Zambor, al resultar vencido por el español Fernando Torres.

Había sido el partido inaugural del torneo.

Un encuentro disputadísimo, lleno de tensión y de magníficas jugadas, que no se decidió hasta los últimos instantes del tercer set.

El tenista español tuvo un comienzo sensacional, arrollador, que apabulló al jugador húngaro, quien no pudo evitar que su rival se anotara el primer juego en blanco, le rompiera el servicio en el siguiente juego, y se apuntara también el tercero, cediendo sólo un tanto.

Parecía que Fernando Torres se iba a llevar el primer set de calle, pero no fue así, porque Miklos Zambor tuvo una magnífica reacción y se apuntó el cuarto juego, rompió el servicio del español en el quinto, y se anotó también el sexto juego, estableciendo el empate a tres.

Con el 3-3 en el marcador, el encuentro ganó considerablemente en emoción. El público animaba por igual a los dos jugadores, premiando con fuertes aplausos las buenas jugadas del español y del húngaro.

Fernando, consciente de que el set se le iba a poner muy cuesta arriba si cedía nuevamente su servicio en el séptimo juego, apretó los dientes y sacó con una potencia terrible.

Miklos se esforzó al máximo por devolver las bolas, pero le fue absolutamente imposible, porque eran verdaderos cañonazos, y el 4-3 para el jugador español quedó plasmado en el marcador.

El tenista húngaro sabía que se lo iba a jugar casi todo en el octavo juego, ya que, si perdía de nuevo su servicio y Fernando Torres se colocaba con 5-3 a su favor, y con el servicio en el siguiente juego, el set estaría prácticamente decidido.

Miklos Zambor sacó también con gran potencia, pero su adversario, restando de una manera asombrosa, consiguió romperle el servicio y apuntarse el octavo juego.

Y en el noveno, tal y como se temía el húngaro, el jugador español, con el servicio a su favor, logró el 6-3 y sentenció el set.

El set, sí, pero no el partido, porque las espadas seguían en alto.

Miklos Zambor iba a luchar como un jabato en el segundo set,

para tratar de adjudicárselo y nivelar el encuentro, todos lo esperaban, incluido Fernando Torres.

Y así fue.

El tenista húngaro parecía una máquina de hacer tenis, y pese a los esfuerzos del jugador español por contrarrestar aquel aluvión de buen juego, Miklos ganó este segundo set por 6-4.

La emoción, lógicamente, aún creció más.

El partido se había equilibrado.

Todo podía ocurrir en el tercer y definitivo set, que quizá tuviera que decidirse por la «muerte rápida». Es decir, por 7-6, con el fin de no prolongar excesivamente el partido.

Y pareció que sí, que tendría que llegarse a ese desenlace fulminante, pues ambos jugadores lucharon tenazmente por conservar su servicio y romper, si ello era posible, el del rival.

Sólo consiguieron lo primero: mantener el servicio.

El partido no era, desde luego, apto para cardíacos.

En este tercer ser, el marcador fue 1-0, 1-1, 2-1, 2-2, 3-2, 3-3, 4-3, 4-4…

Y ahí se decidió, en el noveno juego.

Con servicio del tenista húngaro.

Fernando Torres, superándose a sí mismo, logró romper el saque a su rival y ponerse con 5-4 a su favor, para, en el siguiente juego, colocarse 6-4 y sentenciar el set y el partido.

El jugador español, jubiloso, lanzó su raqueta por los aires, mientras recibía la fervorosa ovación del público, que también aplaudió al tenista húngaro, por el gran partido realizado.

Miklos, muy deportivo, felicitó a Fernando y le deseó suerte en su próximo partido. La misma suerte que hubiera deseado para él, caso de no haber quedado eliminado.

* * *

El segundo partido del torneo, lo disputaron Tony Hobson y Rubén Valdéz, logrando imponerse el jugador argentino, aunque con muchos apuros, ya que el tenista norteamericano vendió muy cara su derrota.

El resultado del partido fue 6-4, 5-7, y 6-4 para el argentino, que sería el próximo adversario de Roddy Spencer, si éste conseguía

vencer a Zoltan Ondrus, en el último partido de aquella primera jornada.

Antes tenía que disputarse el partido que enfrentaba al italiano Giorgio Taloni y al inglés Peter Fildes, cuyo vencedor se las vería con el español Fernando Torres.

Eran los dos encuentros de la tarde.

Tras los partidos de la mañana, Roddy, Giorgio y Fernando se reunieron y comentaron las incidencias de ambos encuentros.

—Has estado genial, Fernando —opinó Spencer.

—¿Verdad que sí? —sonrió Torres.

—Hecho un coloso —dijo Taloni.

El español le dio unas palmaditas a la espalda al italiano.

—Procura dar buena cuenta esta tarde del británico, Giorgio, que quiero zurrarte la badana en los cuartos de final.

—¿Zurrarme la badana tú a mi...? —exclamó Taloni.

—Eso he dicho.

—¡No me hagas reír, que tengo el labio partido! —se burló el italiano.

—¿No me crees capaz, Giorgio?

—¡Pues claro que no! ¡Seré yo quien te zurre a ti! ¡Te voy a dar sopas con honda, ya verás!

Roddy intervino:

—¿Por qué no se las das con la raqueta, Giorgio?

—¿Cómo?

—Las sopas, hombre. Siendo tenista, parece más lógico.

Giorgio y Fernando rieron el chiste del norteamericano. Después, el jugador italiano dijo:

—Tú también se las darás al checo Ondrus, ¿verdad, Roddy?

—Lo intentaré.

—Luego te espera el argentino Valdez —recordó Fernando.

—Así es.

—Está en gran forma, pero también le darás sopas con honda.

—¡Con raqueta, Fernando! —corrigió Giorgio, riendo.

—¡Eso! —rió también el español.

Roddy unió su risa a la de ellos.

Parecía muy alegre, pero, en el fondo, se sentía muy preocupado por lo que hubiera podido sucederle a Sheila Dowell.

¿Estaría bien...? ¿Se habría ocupado la morena Amanda de ella,

tal y como le prometiera la tarde anterior...? ¿La habrían molestado Charles y sus matones...?

Sheila era una joven atractiva y deseable, y se hallaba absolutamente indefensa. Si Charles, Oscar o Monty intentaban aprovecharse de ella, la muchacha no podría hacer nada por evitarlo.

Podían besarla, toquetearla, y hasta... No, Roddy no quería pensar en la violación.

Sería una canallada.

Pero, ¿acaso Charles y sus matones no eran unos canallas?

Amanda aseguraba que no, que no eran tan malos como parecían, pero... En cualquier caso, Roddy no podía hacer nada.

Acudir a la policía sería poner en peligro la vida de Sheila, bien claro lo había dicho Charles. Y tampoco serviría de nada volver a la alejada y solitaria cabaña, con intención de sorprender a Charles y sus matones, porque allí ya no habría nadie.

Charles dijo que iban a trasladar a Sheila a otro lugar, y Roddy no dudaba que así habría sido. Hubiera sido muy arriesgado continuar en aquella cabaña, y Charles no quería correr riesgos. Era un tipo listo, y lo había demostrado reteniendo a Sheila, que continuaba en su poder, en un lugar que el tenista desconocía.

Lo único que Roddy podía hacer era intentar ganar el torneo del Madison Club y conseguir la valiosa raqueta de oro para canjearla por la libertad de Sheila.

Era mejor eso que robarla.

* * *

El partido entre Giorgio Taloni y Peter Fildes había dado comienzo ya, en medio de la lógica expectación.

El encuentro se había iniciado con servicio del tenista inglés, que logró anotarse el primer juego, aunque con cierta dificultad, porque el jugador italiano restó magníficamente.

El segundo juego fue para Giorgio, lo mismo que el tercero y el cuarto. Con 3-1 en el marcador, el partido se puso muy bien para el tenista italiano, que, sin arriesgar en absoluto, amarrando bien los puntos cuando tenía el servicio a su favor, consiguió mantener su ventaja y adjudicarse el primer set por 6-4.

El segundo set tomó un cariz distinto, ya que Peter Fildes, arriesgando muchísimo, logró romper el servicio del jugador italiano y adquirir ventaja, la cual supo conservar, tal y como hiciera Giorgio Taloni en el primer set.

Al ganar el británico el segundo set, también por 6-4, el partido se puso al rojo vivo. Cualquiera de los dos podía ser el vencedor del encuentro, pero lo fue Giorgio Taloni, que se batió como un titán en el tercer set y lo ganó por 6-3.

El inglés lo intentó todo, pero no pudo con su rival, cuya mano estrechó al término del partido. Giorgio Taloni, pues, sería el próximo rival de Fernando Torres en los cuartos de final.

Algunos minutos después, se iniciaba el encuentro entre Roddy Spencer y Zoltan Ondrus.

* * *

Roddy Spencer había salido a la pista dispuesto a barrer al jugador checoslovaco, para asegurarse el triunfo cuanto antes.

No podía perder aquel encuentro, ni los siguientes.

Tenía que conseguir la raqueta de oro.

La libertad de Sheila Dowell dependía de ello.

Zoltan Ondrus pareció adivinar las intenciones del tenista norteamericano, y se mostró tremendamente cauto en aquellos primeros compases del partido. No subía a la red. Prefería mantenerse al fondo de la pista, esperando el fallo de su peligroso rival.

Roddy sí subió a la red, para, desde allí, dominar totalmente la pista.

Y lo consiguió.

Una y otra vez.

El jugador checo intentaba pasarle las bolas por los laterales de la pista, pero no había manera. Roddy estiraba magistralmente el brazo y llegaba a todas las pelotas, logrando unas «dejadas» que hacían vibrar a los espectadores.

El tenista de Los Ángeles tenía una muñeca portentosa, desviaba la trayectoria de la bola de una manera asombrosa, «mataba» su fuerza, y la pelota caía muerta al otro lado de la red, lejos del alcance de Zoltan Ondrus.

Las voleas de Roddy Spencer también eran sensacionales. No había manera de devolverlas. El checo, al menos, no la encontraba.

El dominio del norteamericano, total y absoluto, le permitió apuntarse el primer set con el resultado contundente de 6-1.

El set había sido una continua exhibición de Roddy Spencer, provocando el delirio de los aficionados, que le aplaudían a rabiar.

Lógicamente, el jugador checo cambió de táctica en el segundo set.

De nada le había servido mostrarse cauteloso en el primero, así que ahora salió atacando, dispuesto a jugárselo el todo por el todo. Era necesario, además, porque si perdía también este segundo set, el partido habría terminado y él tendría que decirle adiós a la valiosa raqueta de oro.

Roddy no varió su táctica. Se mostró tan agresivo como en el primer set, prodigando sus subidas a la red, en donde se encontró varias veces con su adversario. Y, cuando esto sucedía, las jugadas eran velocísimas, centelleantes, vertiginosas.

La extraordinaria agilidad del norteamericano, sus fantásticos reflejos, y su maravillosa intuición, le permitieron salir triunfante en el emocionante duelo que sostuvo en la red con el jugador checo.

Zoltan Ondrus tuvo que rendirse a la evidencia: Roddy Spencer era mejor que él.

Lo había demostrado claramente, ganándole el primer set por 6-1, cuando el checo empleó una táctica prudente y cautelosa, y le había ganado también el segundo set por 6-2, a pesar de su cambio de táctica. De nada le había servido tampoco mostrarse agresivo. El norteamericano era muy superior. Por eso le había propinado tan soberana paliza.

Para el público, tras la fenomenal exhibición de Roddy Spencer, éste era el gran favorito del torneo. Al menos, parecía el mejor de los ocho tenistas que habían intervenido en aquella primera jornada, pues había sido el único que había conseguido imponerse de forma rotunda y aplastante, venciendo a su rival en sólo dos sets, cuando los demás habían necesitado tres y pasando muchos apuros para lograr la victoria en sus respectivos partidos.

Claro que, entre los ocho tenistas que aún no habían intervenido en el torneo, porque les correspondía hacerlo al día siguiente, se encontraban el sueco Gunnar Hedmark y el australiano Ken

Malleson, con los que también había que contar.

Con el fenómeno sueco, Roddy Spencer sólo podía encontrarse en la gran final, según el resultado del sorteo. Con el as australiano, en cambio, se encontraría en las semifinales, si ambos conseguían llegar a ellas.

Habría que esperar a ver cómo se desarrollaban los próximos partidos.

El interés, desde luego, era máximo. Y la emoción estaba garantizada.

* * *

Cuando regresó al hotel, Roddy Spencer se llevó una buena sorpresa. En el suelo de su habitación, tirado, había un vestido. Un poco más allá, igualmente tirados, se veían unos zapatos de mujer. Y, ya junto a la puerta del baño, yacían unas frívolas braguitas de encaje.

Evidentemente, una mujer se había colado en su habitación, se lo había quitado todo, y se había metido en el cuarto de baño.

Roddy, repuesto de la sorpresa, avanzó hacia la puerta cerrada.

El jugador aplicó el oído a la hoja de madera y captó el rumor del agua que caía de la ducha.

Roddy estuvo a punto de dar unos golpes en la puerta y preguntar quién era la mujer que estaba utilizando su cuarto de baño, pero se lo pensó mejor y no lo hizo, pero sí cogió el pomo de la puerta. Después, lo hizo girar. Lenta y silenciosamente.

Si la chica no había echado el cerrojo, antes de ponerse debajo de la ducha, la puerta se abriría.

Y, en efecto, se abrió, pero muy poco. Lo justo para que Roddy pudiera aplicar el ojo a la grieta de la mujer.

La vio, pero no de frente, sino de espaldas.

A pesar de ello, la reconoció.

No por el trasero, claro, pues era la primera vez que el tenista contemplaba aquella portentosa grupa.

Era la morena Amanda.

Se movía sensualmente mientras el agua se deslizaba por su fascinante cuerpo, acariciando todas y cada una de sus formas.

De pronto, empezó a darse la vuelta.

Roddy cerró la puerta, para que la morena no le descubriera. Luego, dio unos golpes en la hoja de madera.

—¿Quién hay ahí? —preguntó, como si no lo supiera.

—¡Soy yo, Roddy! ¡Amanda! —respondió la morena.

—¿Qué diablos haces?

—¡Me estoy duchando!

—¿Con permiso de quién?

Amanda dejó oír su risa.

—¡Salgo en seguida, cariño!

—¡Lo tienes todo aquí fuera! ¡El vestido, los zapatos, las...!

La morena rió de nuevo.

— ¡Me envolveré con la toalla, no te preocupes! El tenista sonrió y se retiró unos pasos de la puerta A los pocos segundos, Amanda salía del baño.

Se había envuelto, efectivamente, con una toalla, pero... Roddy clavó sus ojos en ella y murmuró:

—O falta toalla, o sobra mujer.

Amanda volvió a reír.

—Eso ha tenido gracia. Roddy.

—¿Qué haces en mi habitación, bribona?

—Te esperaba.

—¿Para qué?

—En primer lugar, para felicitarte por tu rotunda victoria sobre Zoltan Ondrus. Estuve en el Madison Club, ¿sabes?

—¿De veras...?

—Sí, presencié el partido. Y vi cómo mi pronóstico se cumplía: sólo necesitaste dos sets para eliminar al checo.

—Es verdad, acertaste —sonrió Roddy.

—Te dije que el checo era pan comido para ti, ¿recuerdas?

—Quizá lo pareció, pero Ondrus es un gran jugador.

—Comparado contigo es un enano —repuso la morena, al tiempo que le echaba los brazos al cuello y se pegaba a él, transmitiéndole la humedad de su cuerpo, porque apenas se lo había secado con la toalla.

Intentó besarle, pero el tenista la frenó.

—Un momento, Amanda.

—¿Qué te ocurre, cariño? ¿No te apetece saborear mis rojos y tentadores labios...?

—Antes quiero saber cómo está Sheila.

—Se encuentra perfectamente.

—¿Sigue atada?

—Sí, pero no a una silla. Ahora se encuentra mucho más cómoda. Le hemos destinado una habitación, con su correspondiente cama, para que pueda dormir y descansar.

—¿No ha sido molestada por Charles y sus matones?

—En absoluto. Ha sido y será en todo momento respetada.

—Más os valdrá a todos que sea así.

—Te doy mi palabra, Roddy. Y, ahora, bésame con ardor, que me muero de ganas.

El tenista la besó. Con ardor, como ella quería. Pero, para ardor, el que la morena puso en la caricia.

Y es que Amanda no se conformaba con un beso.

¡Quería llevarse a la cama al jugador de tenis!

CAPITULO V

Roddy Spencer no tardó en adivinar cuáles eran las verdaderas intenciones de la ardiente Amanda. Y, como en sus planes no entraba lo de hacer el amor con la morena, interrumpió el ardoroso beso y se separó de ella, diciendo:

—Creo que debes irte, Amanda.

—¿Irme…?

—Sheila puede necesitarte.

—No lo creo.

—Por favor, Amanda. Me sentiré más tranquilo si sé que tú estás cerca de ella.

—Prefiero estar cerca de ti, aunque sólo sea una hora.

—Hazme caso, te lo ruego.

La morena frunció el ceño.

—¿Qué pasa, es que no quieres hacer el amor conmigo? Mañana no tienes partido.

—Pero tengo que jugar pasado mañana, contra Rubén Valdez.

—El argentino es otro enano del tenis, comparado contigo.

—Eso es lo que tú dices, pero…

Amanda se soltó la toalla y dejó que cayera bruscamente al suelo, quedando completamente desnuda ante los ojos del tenista, que brillaron significativamente al contemplar las rotundas formas de la morena.

—Te deseo, Roddy —dijo ella—, Y tú también me deseas a mí, lo leo en tus ojos.

Spencer carraspeó nerviosamente.

—No lo he negado, Amanda, pero mientras no finalice el torneo, no debo pensar en diversiones.

—Mañana es jornada de descanso para ti, así que podrás recuperar las energías que puedas quemar conmigo.

—Todas, si tú te empeñas —murmuró el tenista.

Amanda rió y le pasó nuevamente los brazos por el cuello, diciendo:

—Prometo no hacerte «trabajar» demasiado, cariño. Vamos, acariciante, que lo tienes todo al alcance de tus manos.

—Te propongo un trato, Amanda. Haré el amor contigo, y te entregaré cien mil dólares.

La morena puso unos ojos como huevos de gallina.

—¿Que me entregarás qué...?

—Cien mil dólares.

—¿Por acostarme contigo...?

—No, por la libertad de Sheila. Quiero que me ayudes a rescatarla. Esta misma noche.

Amanda le soltó el cuello y dio un paso atrás.

—Eso no es posible.

—¿Por qué no?

—¡Charles me mataría!

—La policía se ocupará de él, no te preocupes. Y de su pareja de matones, también.

—¡Y de mí!

—No, a ti no te detendrán, Amanda.

—¡He colaborado en el secuestro de Sheila? ¿O es que lo has olvidado ya...?

—Si me ayudas a liberarla, yo me ocuparé de que no te ocurra nada, te lo prometo. Seguirás en libertad, y tendrás cien mil dólares. Podrás darte la gran vida con ellos, Amanda. Ya no tendrás que colaborar en asuntos sucios ni acostarte con tipos como Charles sólo por dinero. Podrás cambiar totalmente de vida. Es tu gran oportunidad, Amanda. No debes desaprovecharla.

La morena vaciló.

—¿Cómo sé que me entregarás los cien mil dólares?

—Tienes mi palabra, Amanda.

—Puede tratarse de una trampa.

—No estás hablando con Charles. Yo soy un hombre de honor, y cuando doy mi palabra, la cumplo.

—¿Tanto significa Sheila Dowell para ti, Roddy?

—La conocí ayer, pero es una muchacha encantadora y está sufriendo por mi culpa. Cien mil dólares es mucho dinero, ya lo sé. Pero si gano la raqueta de oro, me compensará, porque está

valorada en doscientos mil dólares.

—¿Y si no la ganas...?

—Mala suerte.

Amanda sonrió.

—Me estás convenciendo, ¿sabes?

—Eres una chica lista, y sé que aceptarás mi proposición.

La morena estiró el brazo derecho y señaló la cama.

—Tendrás que acabar de convencerme ahí, cariño.

—Como luego me digas que no...

—Es un riesgo que tendrás que correr, Roddy.

—Está bien, haré el amor contigo, bribona —accedió el tenista, y empezó a quitarse la ropa.

* * *

Oscar y Monty montaban guardia frente a la casa en la que mantenían secuestrada a Sheila Dowell.

La casa se alzaba en la misma playa, y estaba tan solitaria como la cabaña a la que en un principio llevaran a la muchacha.

Oscar fue el primero en descubrir la aparición del Ford-Cobra de Sheila, ahora conducido por la morena Amanda.

—Ahí vuelve Amanda, Monty.

—Se ha retrasado bastante —observó el otro matón.

—El jefe le ordenó que hablara con Roddy Spencer, después de su partido con Zoltan Ondrus. Esa debe ser la causa de su retraso.

—Es posible.

El Ford-Cobra se detuvo frente a la casa, delante del Cadillac azul.

—Hola, muchachos —saludó Amanda, sonriéndoles a través de la abierta ventanilla.

—¿Cómo ha ido todo, preciosa? —preguntó Oscar.

—Muy bien.

—¿Hablaste con Spencer? —inquirió Monty.

—Sí, en su hotel. Tuve que esperarle bastante rato, por eso me he retrasado.

—El jefe estaba empezando a impacientarse.

—¿Dónde está?

—En el salón, viendo la televisión.

—Voy a informarle —dijo Amanda, saliendo del coche.

De pronto, simuló dar un mal paso.

—¡Ay! —gritó, apoyándose en el hombro de Oscar.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó el chato.

—Me he lastimado el tobillo... —gimió la morena, con la pierna derecha encogida, y se apoyó con la otra mano del hombro de Monty.

—Te ayudaremos a entrar en la casa —dijo el orejudo.

—Si, por favor. Pero despacio, ¿eh?

—No te preocupes.

—Cogedme fuerte, no me vaya a caer.

—No temas —sonrió Oscar.

Distraídos con la morena, los matones no vieron que el maletero del Ford-Cobra se abría silenciosamente y un hombre salía de él, con una cachiporra en la mano derecha.

Era Roddy Spencer, naturalmente.

Había acabado de convencer a Amanda en la cama.

En realidad, ella ya estaba convencida antes de hacer el amor con él, porque cien mil dólares era una suma demasiado tentadora como para rechazarla.

Pero Amanda, claro, no quería dejar escapar la oportunidad de acostarse con el joven y apuesto tenista, y por eso le dijo que tendría que acabar de convencerla en la cama.

La morena lo había pasado fenomenal con el jugador, y también Roddy disfrutó lo suyo. Pero la diversión había quedado atrás.

Lo que importaba ahora era sorprender a Charles y sus matones, y rescatar a Sheila Dowell.

Las cosas estaban saliendo bien.

Amanda, con su fingida lesión en el tobillo, acaparaba toda la atención de Oscar y Monty, impidiéndoles detectar la silenciosa aproximación del tenista.

Roddy levantó la cachiporra.

El primer cachiporrazo, en todo el cráneo, fue para Oscar.

El chato emitió un ronco sonido gutural y se desplomó como un saco de melones, quedando tendido en el suelo, totalmente inconsciente.

Monty vio derrumbarse a su compañero, pero no tuvo tiempo de reaccionar, porque la cachiporra que esgrimía el tenista cayó sobre

su cabeza y le privó también del sentido.

El orejudo quedó tirado en el suelo, lo mismo que el chato.

—Desármalos, Roddy, rápido —dijo Amanda—. Y átalos fuerte.

El jugador arrebató las pistolas a los matones y procedió a atarlos con sendos pedazos de cuerda.

—Voy a distraer a Charles —dijo la morena.

—Bien.

—No intervengas hasta que le haya quitado la pistola.

—Así lo haré.

Amanda le besó en los labios y entró rápidamente en la casa.

* * *

Charles, efectivamente, se encontraba en el salón, viendo la televisión. Hacía poco que había encendido un cigarro, y le estaba dando chupadas, sentado en el largo sofá, con una pierna sobre la otra.

Al ver entrar a Amanda, cogió el mando a distancia, que descansaba sobre la pequeña mesa del salón, y apagó el televisor.

—¿Por qué has tardado tanto? —gruñó.

—No fue fácil hablar a solas con Roddy Spencer, Charles.

—¿Lo conseguiste?

—Sí, en su habitación.

—¿Y...?

—Está totalmente resignado. Sabe que sólo puede conseguir la libertad de Sheila ganando la raqueta de oro, y no piensa en otra cosa. Y la ganará, estoy segura. Salió con tantas ganas a la pista esta tarde, que barrió por completo al checo Ondrus.

Charles sonrió.

—Vi el partido por televisión, y Roddy Spencer estuvo realmente sensacional. La chica también lo presenció.

—¿De veras?

—Sí, la traje aquí. Sabía que le gustaría ver en acción a Roddy, y disfrutó de lo lindo con la formidable exhibición de ese genio de la raqueta. Lo malo es que no podía aplaudir sus jugadas, porque tenía las manos atadas.

Amanda rió y se sentó en el sofá, muy cerca de Charles, cuyo

cuello cercó con sus brazos.

—¿No me has echado de menos, cielo?

—Sabes que sí —respondió él, y la besó con ganas, al tiempo que la abrazaba.

La morena interrumpió el beso y dijo:

—Un momento, Charles.

—¿Qué pasa?

—Temo que se te dispare.

—¿El qué?

—Eso —respondió Amanda, arrebatándole la pistola.

Charles rió.

—No hay cuidado, tiene el seguro puesto.

—De todos modos, me sentiré más tranquila sabiendo que la pistola no está debajo de tu axila —sonrió la morena, y dejó el arma sobre el sofá, fuera del alcance de Charles.

Este fue a protestar, pero Amanda le selló la boca con un ardoroso beso, al tiempo que cogía una de sus manos y la ponía sobre sus senos, para que entretenido con ellos se olvidara de la pistola.

Charles, en efecto, dejó de pensar en su arma y metió la mano por el exagerado escote del vestido que lucía la morena, oprimiendo sus pechos con avidez.

Roddy Spencer, que esperaba el momento de intervenir, se dijo que había llegado ya y entró en el salón, esgrimiendo una de las pistolas que había arrebatado a Oscar y Monty.

—Lamento interrumpirle, Charles —dijo, en tono irónico.

El jefe de la pandilla dio un nervioso respingo y se separó de la exuberante Amanda.

—¡Roddy Spencer! —exclamó, con ojos dilatados.

—El mismo —sonrió el jugador.

—¿Cómo demonios...?

—Seguí a Amanda, sin que ella se diera cuenta, y logré sorprender a Oscar y Monty.

Charles entrecerró los ojos. Sospechó rápidamente la verdad.

El hecho de que Amanda le hubiera quitado la pistola, con la excusa de que se podía disparar, le ayudó a adivinar que la morena le había traicionado y se había puesto de parte del tenista.

—¡Perra traidora! —rugió, y le soltó una tremenda bofetada.

Amanda dio un grito y cayó de espaldas sobre el sofá, quedando su cabeza muy cerca de la pistola de Charles. Este, sin dudarlo un segundo, se echó encima de la morena y empuñó su arma.

—¡Suelte esa pistola, Charles? —ordenó Roddy, sin atreverse a disparar, por temor a herir a Amanda.

Charles no le hizo caso, le quitó el seguro al arma, y disparó sobre el jugador.

—¡Muere, maldito! —barbotó.

Roddy no tuvo más remedio que arrojarse al suelo. Seguía sin atreverse a disparar sobre Charles, por si las balas alcanzaban a Amanda.

La morena, consciente de que también su vida estaba en juego, porque Charles no le perdonaría que le hubiese traicionado, empujó a éste con todas sus fuerzas y lo tiró del sofá.

—¡Zorra asquerosa! —rugió Charles, y le envió un par de balas, alojándoselas en el pecho.

Amanda gritó y se estremeció sobre el sofá, herida de muerte.

Charles desvió rápidamente su arma hacia Roddy, pero éste se le anticipó. El tenista, rabioso por lo que Charles había hecho con Amanda, efectuó varios disparos seguidos, alcanzando casi todos ellos al tipo.

Charles aulló y dejó caer su arma. También él estaba herido de muerte.

Roddy se irguió y corrió hacia el sofá, apoderándose de la pistola de Charles, quien ya no se movía.

El tenista le tocó el cuello. No encontró los latidos de su arteria carótida. Su corazón había dejado de bombear sangre.

Charles estaba muerto.

Roddy se fijó en Amanda.

La morena tenía el pecho cubierto de sangre, los ojos cerrados, la boca entreabierta. Tampoco ella se movía. Y es que también su corazón había dejado de latir.

Amanda estaba tan muerta como Charles.

Roddy lo sintió profundamente.

Amanda no era una santa, pero le había ayudado a conseguir la libertad de Sheila Dowell. Por dinero, desde luego, pero le había ayudado, y jamás lo olvidaría.

* * *

Desde la habitación en donde se hallaba encerrada, Sheila Dowell había oído los disparos.

—¡Dios mío! ¿qué es esto? —exclamó, estremeciéndose.

Tras los disparos, silencio absoluto.

La angustia y el pánico de la muchacha iba en aumento. No se atrevía ni a respirar. El corazón le latía a ritmo de tambor.

De pronto, se oyó una voz:

—¡Sheila!

La joven respingó de alegría.

—¡Roddy!

—¿Dónde estás?

—¡Aquí!

Tan sólo unos segundos después, la puerta se abría y el jugador de tenis entraba en la habitación.

—¡Oh, Roddy, Roddy!

El tenista la abrazó y la besó varias veces, mientras la desataba.

—¿Estás bien, Sheila?

—¡Sí! ¿Y tú, Roddy…?

—También.

—¿Qué fueron esos disparos?

Spencer le refirió lo sucedido.

La muchacha se estremeció.

—Cielos, qué horror…

—Vamos, Sheila. Tenemos que avisar a la policía.

—Sí.

Roddy le pasó el brazo por los hombros y la sacó de la habitación.

CAPITULO VI

La policía se había hecho cargo ya de Oscar y Monty. También habían sido retirados los cadáveres de Charles y Amanda.

Roddy Spencer, después de informar con todo detalle a los agentes de la ley, siendo corroboradas sus palabras por Sheila Dowell, rogó que, si ello era posible, no se divulgara lo sucedido, porque lógicamente le perjudicaría.

Había matado a Charles en defensa propia, es cierto, pero no dejaba de ser un hecho triste y lamentable, que Roddy quería olvidar. Y no podría hacerlo, si los periódicos daban al día siguiente la noticia en sus páginas. Todo el mundo le acosaría a preguntas, ansiosos por conocer los detalles, y así le sería imposible concentrarse en los partidos que le quedase por disputar en el Madison Club.

La policía comprendió las razones del tenista, y prometió no airear el suceso. Lo importante era que Sheila Dowell se hallaba en libertad, y que no había sufrido daños ni abusos mientras estuvo en poder de Charles y sus matones.

Roddy dio las gracias a los agentes de la ley, y él y Sheila regresaron a la ciudad, en el Ford-Cobra de la muchacha.

Al día siguiente, se disputaron los otros cuatro partidos correspondientes a los octavos de final, demostrando Gunnar Hedmark y Ken Malleson que se hallaban en una forma extraordinaria.

El sueco se deshizo de su rival en solo dos sets, y el australiano hizo lo propio, mientras que los otros dos jugadores que se clasificaron para disputar los cuartos de final lo consiguieron con muchos apuros.

Parecía, pues, que Roddy Spencer, Gunnar Hedmark y Ken Malleson eran los que más posibilidades tenían de conseguir la valiosa raqueta de oro, pero tendrían que demostrarlo en los cuartos

de final, eliminando a sus respectivos rivales y clasificándose para las semifinales.

* * *

Se había llegado ya a la tercera jornada del torneo.

El primero de los partidos de los cuartos de final lo disputaron Fernando Torres y Giorgio Taloni.

El tenista español no pudo dar sopas con honda al jugador italiano. Claro que tampoco Giorgio se las pudo dar a Fernando.

Fue un encuentro terriblemente disputado, en el que ambos tenistas pusieron de manifiesto su calidad y su categoría, brindando un magnífico espectáculo, que los espectadores supieron premiar con sus aplausos y sus ovaciones.

El primer set fue para el español, que consiguió un 6-4.

El segundo set, se lo apuntó el italiano, también por 6-4.

Y el tercero, que decidió el partido, lo ganó Fernando por 7-6.

Sí. El encuentro tuvo que decidirse por la «muerte rápida».

El jugador español tuvo la suerte de contar con el saque a su favor, tras el empate a seis juegos, y supo hacer bueno su servicio, a pesar de la titánica resistencia que le opuso el tenista italiano.

De esta manera, Fernando Torres fue el primer jugador que se clasificó para disputar las semifinales en las que, si el propósito se cumplía, tendría que enfrentar a Gunnar Hedmark, el fenómeno sueco, escollo dificilísimo de salvar.

Pero el español estaba dispuesto a intentarlo con toda sus fuerzas.

* * *

El segundo partido de los cuartos de final enfrentó a Roddy Spencer y Rubén Valdez.

Se pareció mucho al encuentro que disputaron en la primera jornada el tenista de Los Ángeles y el checoslovaco Zoltan Ondrus, porque Roddy, como entonces, salió dispuesto a decidir el partido lo antes posible. A barrer al argentino, vamos.

Y lo barrió.

Como dos días antes barriera al checo. Y también, como

entonces, necesitó solamente dos sets.

El resultado fue 6-2 y 6-1. ¡Todo un palizón!

Y no es que el tenista argentino jugara mal. Rubén Valdez hizo lo que pudo y aún más por detener el vendaval de juego que nacía de la prodigiosa raqueta de Roddy Spencer, pero no encontró la manera. El norteamericano devolvía todas las pelotas. Y no sólo eso, sino que casi siempre las colocaba fuera del alcance de su rival.

El argentino acabó con la lengua fuera, de tanto correr por la pista intentando alcanzar pelotas que eran absolutamente inalcanzables, porque Roddy Spencer las colocaba en el punto justo, haciendo imposible el resto de su adversario.

Fue, por tanto, otra gran exhibición del juego estadounidense.

Estaría por méritos propios en las semifinales.

* * *

Por la tarde, Gunnar Hedmark y Ken Malleson vencieron a sus respectivos encuentros, ganándose también el paso a las semifinales.

Y lo consiguieron sin grandes problemas, ya que no cedieron un solo set. Tuvieron ambos una actuación extraordinaria, similar a la que tuvieran en los octavos de final, y no dieron opción a sus adversarios. El sueco y el australiano, por tanto, estarían también por derecho propio en las semifinales. Y con posibilidades de llegar a la final.

Si acaso, Ken Malleson lo tenía un poco más difícil que Gunnar Hedmark, ya que el australiano tenía que vérselas con Roddy Spencer, el tercer gran favorito a aquellas alturas del torneo, mientras que el sueco tendría como rival a Fernando Torres.

El español no sería una perita en dulce para Gunnar Hedmark, ni mucho menos, porque su calidad y su fortaleza habían quedado ya demostradas en el torneo.

Era evidente, sin embargo, que Roddy Spencer resultaba un rival mucho más temible en aquellos momentos. Lo había demostrado barriendo literalmente a Zoltan Ondrus y Rubén Valdez, y Gunnar Hedmark se alegraba de no tener que enfrentarse al norteamericano en las semifinales.

El sueco prefería medirse con Fernando Torres.

Ken Malleson también hubiera preferido enfrentarse al español,

pero como no podía variarse el resultado del sorteo, se mentalizó para darle la batalla a Roddy Spencer y tratar de eliminarlo.

* * *

Ya en la cuarta jornada, y por la mañana, se enfrentaron Gunnar Hedmark y Fernando Torres. Era la primera semifinal, y de ella saldría el primer finalista.

La expectación era enorme. La mayoría de los espectadores esperaban el triunfo del fenómeno sueco, pero nadie sudaba de que iba a tener que jugar mucho para conseguirlo.

Y no se equivocaron.

Gunnar Hedmark venció, pero necesitó tres sets para doblegar el tenista español, quien realizó un segundo set sensacional, logrando imponerse al sueco por 6-3.

Por este mismo tanteo, 6-3, había ganado Hedmark el primer set.

El tercero y definitivo, lo ganó el sueco por 6-4.

Fue un set larguísimo, porque Fernando Torres luchó como nunca por cada pelota, vaciándose literalmente en la pista, y si no ganó el partido, al menos le quedó la satisfacción de haber puesto en grandes apuros a Gunnar Hedmark, cosa que no había logrado nadie en aquel torneo.

* * *

Por la tarde, la expectación no era menor.

Ya se sabía que Gunnar Hedmark disputaría la gran final, pero aún no se sabía contra quién la jugaría.

¿Roddy Spencer...?

¿Ken Malleson...?

La mayoría de los espectadores se inclinaron por la victoria del norteamericano, aunque pensaban que le iba a costar mucho doblegar al as australiano. Tanto como a Gunnar Hedmark le había costado doblegar a Fernando Torres, por la mañana.

Nadie, desde luego, pensaba que Roddy Spencer podía barrer a Ken Malleson de la pista, porque el australiano era mucho rival.

Y, en efecto, el estadounidense no barrió a Ken Malleson.

Lo intentó, pero encontró adecuada réplica.

A pesar de ello. Roddy Spencer fue siempre por delante en el marcador, logrando adjudicarse el primer set por un apretado 6-4, resultado que se repitió en el segundo set, también a favor del norteamericano.

No barrió al australiano, pero no cedió ningún set.

¿Qué más se le podía pedir…?

Roddy Spencer estaba ya en la final. Y sin haber perdido un solo set en todo el torneo.

Ni siquiera Gunnar Hedmark podía presumir de eso.

* * *

Quinta jornada. El día de la gran final.

Roddy Spencer y Gunnar Hedmark iban a luchar con todas sus fuerzas para conseguir la valiosa raqueta de oro.

La expectación era indescriptible. La tensión, máxima. El nerviosismo, general.

El público deseaba la victoria de Roddy Spencer, que por algo era norteamericano y el torneo se disputaba en Estados Unidos, pero aceptaría deportivamente el triunfo de Gunnar Hedmark, si se producía.

El partido se inició con el servicio en poder del tenista sueco, lo que le permitió apuntarse el primer juego, sacando magistralmente, con potencia, con colocación, metiendo siempre la primera bola.

Con el servicio a su favor, Roddy estableció el 1-1 en el marcador, sacando tan bien como su temible rival.

Los empates se sucedieron hasta llegar al 4-4.

En el siguiente juego, y tras una serie de jugadas maravillosas, el norteamericano consiguió romper el servicio del sueco y ponerse 5-4 a su favor.

Roddy tenía la oportunidad de anotarse el primer set.

Y no la desaprovechó.

El 6-4 subió para él al marcador.

Gunnar Hedmark pareció recibir un par de banderillas de fuego, y se lanzó como loco en busca del triunfo en el segundo set, realizando unas jugadas increíbles.

Y logró su objetivo.

Roddy Spencer no pudo evitar que el sueco ganara este segundo set, también por 6-4.

Las espadas volvían a estar en alto. Todo podía suceder en el tercero y definitivo set.

Pareció que el partido iba a ganarlo Gunnar Hedmark, ya que siguió en plan arrollador y se colocó 3-0, pero entonces vino la reacción del tenista norteamericano. Una reacción asombrosa, pues ganó seis juegos seguidos, barriendo totalmente de la pista al fenómeno sueco en esta última fase del encuentro.

El público lo veía y no lo creía.

Con el 6-3 a su favor en este tercer set, Roddy Spencer ganó el partido y se proclamó vencedor del torneo organizado por el Madison Club de Miami, consiguiendo la valiosa raqueta de oro.

EPILOGO

Roddy Spencer y Sheila Dowell estaban celebrando el triunfo del tenista en el torneo del Madison Club. El jugador había pedido una botella del mejor champaña, y se la estaban bebiendo en su habitación, sentados en el sofá, entre besos y caricias.

—Ya no tendrás que comprarte una bicicleta, Sheila —dijo Roddy.

—¿Cómo?

—Dijiste que tendrías que vender el Ford-Cobra si yo quedaba eliminado del torneo, ¿recuerdas?

La muchacha se echó a reír.

—Te tomé el pelo, Roddy.

—Lo de la apuesta fuerte no era cierto, ¿verdad?

—No, lo dije para que pusieras más interés aún en el torneo. Quería que ganaras la raqueta de oro.

—La he ganado para ti, Sheila.

—¿Para mí...?

—Sí, quiero regalártela.

—¡Estás loco! ¡Vale doscientos mil dólares!

—Lo sé, pero yo estaba dispuesto a entregarla a cambio de tu libertad. Ahora, en cambio, quiero que la pierdas.

—Explícate.

—Deseo que seas mi esposa, Sheila.

—¿Casamos...?

—Sí, y la raqueta de oro es mi regalo de compromiso. ¿Lo aceptas...?

Sheila Dowell, toda temblorosa, preguntó:

—¿Seguro que no me estás tomando la cabellera, Roddy...

El tenista la rodeó con sus brazos y la estrechó cálidamente contra sí.

—Te quiero, Sheila, y deseo compartir mi vida contigo.

Ella le acarició el rostro.

—Yo también te quiero, Roddy. Creo que ya estaba enamorada de ti, antes de conocerte personalmente. Incluso he soñado que hacía el amor contigo.

—Eso va a ser una realidad dentro de unos minutos —prometió Roddy Spencer, y besó los preciosos labios de Sheila Dowell, la mujer que había elegido como esposa.

F I N

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona

Precio en España
60 ptas.

Impreso en España